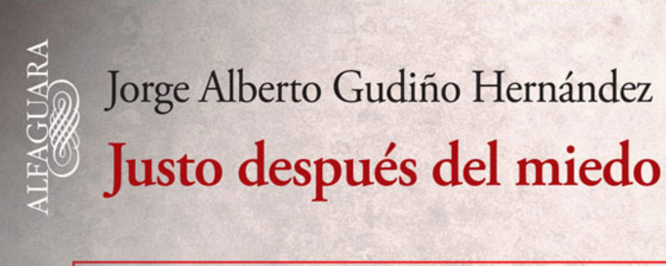

ALFAGUARA
Jorge Alberto Gudiño Hernández
Justo después del miedo



Justo después del miedo

Jorge Alberto Gudiño Hernández

Índice

Para José Antonio, quien nunca dejará de ser mi pequeño hermanito pese a que ahora es más alto, más fuerte y más grande, mucho más grande.

La calle es sinuosa, purpúrea. Sus curvas pronunciadas apenas se cruzan con otras avenidas, como si su trazo entero obedeciera a un capricho o conformara un error. Al fondo desemboca en un callejón. Los adoquines se interrumpen en la angostura y no reanudan su tedio al ensancharse de nueva cuenta. Es un patio, por llamarlo de algún modo. Hacia el fondo se forma un semicírculo, un *cul de sac*; un goterón al que sólo dan dos ventanas. Me asomo de una de ellas, acodado en el pretil. El resto son paredes altas que hacen parecer minúsculo al patio. Pero no lo es tanto. Por ejemplo, hubo espacio de sobra para que un hombre apoyado contra la pared venciera sus miedos y mirara de frente, a través de la basta tela de la capucha, a los tres mercenarios que, un momento más tarde, ya habían accionado sus gatillos.

Ese hombre era mi padre.

Primera parte: El bar de Flint

1

El bar de Flint es un galpón deteriorado al que se accede por medio de una ruinosa puerta de goznes herrumbrosos. Está perdido a la mitad de la nada, en medio de un muro que tiene algo de muralla. Se dice que en otra época, antes de que la ciudad se fuera al carajo por primera vez, era un sitio obligado para los taxistas. No puede ser cierto. Salvo por el arbotante fundido que apenas se distingue alzando la mirada, nada hay en este sitio que pudiera interesar a los viajeros.

Al traspasar la puerta abatible, por ejemplo, es como cualquier establecimiento de su tipo: algunas mesas recubiertas, bancos frente a la barra, dos pantallas sintonizando siempre canales deportivos, una mesa de carambola, dos dianas de tiro y una esquina en la que Lorna y Fiona, con sus nombres de princesas, desgranan sus vidas en volutas de humo mientras esperan algún cliente.

Ninguno de los habituales va con ellas salvo que la urgencia sea muy acuciante. Tú has pasado un buen rato con las dos en una noche estival de la que apenas obtienes imágenes aisladas: cuerpos fofos y sonrisas desdentadas unidos al estruendo del alcohol; quizá también la mirada lasciva de alguno de los presentes luchando por traspasar el ridículo cortinaje; una profunda melancolía durante el resto de la noche y las siguientes visitas en que no sabías cómo comportarte.

La verdad es que ignoras de qué viven pero eso mismo podrían preguntarse de ti. Lo poco que ganas en los dardos lo gastas en tarros de cerveza que Flint te hace llegar en una cadencia lenta pero constante. Embotar los sentidos, olvidar. Nadie tiene por qué saber los detalles del fideicomiso o el valor de la casa heredada, de sus muebles y sus cuadros. Prefieres dejarlos con la duda y el automatismo de los tragos

servidos casi por inercia. Olvidar, aflojarse, dejar al tiempo hacer su trabajo.

Aunque eso fue varias semanas después de haber entrado por primera vez. Aquí no le sirven a cualquiera. No lo dejan estar sin más. Es un derecho que debiste ganarte tras volverte un habitual.

2

Llegaste al bar de Flint impulsado por el desprecio de Ilya. Al menos es lo que responderías si alguien te preguntara. No es que fuera mentira o, al menos, no del todo. El desprecio tiene múltiples carices; sus facetas se multiplican vítreas. Ilya escapó de tus brazos pero quizá nunca te había prometido nada. Si tú lo consideraste desprecio, no había razón para discutirlo.

Saliste casi corriendo de casa pero Ilya ya no estaba. La lluvia tenue, los pies descalzos sobre los charcos. Tu mirada se perdía a los lados de la calle. Apenas distinguías sombras, manchas, algún reflejo. Todos inmóviles. Volviste cuando el frío te hizo tiritar. Tal vez fue mejor no encontrarla. ¿Qué le habrías dicho bajo la lluvia? No le rogarías. Te bastaba con una explicación.

Adentro olía a Ilya. Su aroma impregnado era un mal recuerdo. Cambiaste tu ropa para salir de nuevo. No sabes cuánto caminaste. La lluvia diluyó la goma de tu cabello. Sentías su camino pegajoso en el cuello, el rastro de un caracol. Una tenue luz salida de la pared guio tus pasos.

Necesitabas un trago y un sitio donde nadie te conociera. Empujaste la puerta por la que se colaba el halo luminoso. En cuanto estuviste dentro, supiste que no era un buen sitio y que te sería fácil volverte parte de sus agremiados. El piso estaba tachonado por lo que caminar sobre él provocaba ciertas dudas; las paredes mostraban jirones de afiches de otra época, encimados y raídos hasta el exceso; si uno tocaba los muros en busca de equilibrio podía percibir cierta textura gelatinosa de la que era mejor no indagar su procedencia; y aún quedaba ese ambiente espeso que un ventilador con aspas rotas y el hastío lento apenas alcanzaban a remecer, dejando flotar los humores del tabaco, el sudor y los eructos de los

presentes.

Borraste con alcohol la ausencia de Ilya, cada una de sus promesas: las que hizo y las que te inventaste. A la hora de faltar a ellas daba igual quién las hubiera hecho.

Volviste a la siguiente noche, sin recordar cómo habías llegado a casa, intacto y tiritando. Volviste una y otra vez, como si fuera parte fundamental del exorcismo. O quizá para integrarte a una fauna en la que resulta mejor no detenerse. Describirlos es describirte un poco cada vez; uno se va haciendo a los modos de su entorno. Baste decir que usabas una gabardina oscura, deslustrada en las esquinas de sus vuelos, zapatos de suela de goma y camisa abotonada hasta el cuello.

Platicabas con unos y otros asumiendo que cualquier noche ya no regresarías. Bastaba con decidirlo. Hay contagios que se dan por el simple hecho de estar rodeado de la enfermedad. La resignación es de las más infecciosas. Las historias convergían: salir de ahí significaba acabar preso o muerto. Y tú jugando al niño despechado. Tal vez por eso las barreras no cayeron del todo. Mejor que fuera así.

3

Algo te retrasa esta noche. No lo precisas del todo: una caminata larga o la renuencia a salir antes de que escampara. Fue tal la tormenta que los charcos reflejan cada detalle de los edificios. Pierdes varios minutos, absorto, contemplando las dos perspectivas a mitad de la calle. A veces el reflejo te parece tan fiel que decides irrumpir en el charco con la secreta esperanza de ver cómo se derrumba el edificio de enfrente. Es una buena idea para un cuadro que nunca pintarás.

Empujas la puerta con el tedio de la costumbre. Algo llama tu atención en cuanto estás adentro. El ambiente es más estrecho. Las partidas se han suspendido y varios voltean a verte con el ansia agazapada de los depredadores. Tardan en relajar los músculos, en aceptarte como miembro de la manada.

Al fondo un pequeño corro. Caminas hacia allá. En sentido contrario varios se disgregan: la mirada baja, una palmada en tu hombro. Cuando llegas al gabinete encuentras a Lorna sollozando. La inmensa mole de El Ombligo la consuela. Flint te mira a la cara, intentando desentrañar un misterio o conjurando un demonio. Entorna los ojos.

Escúchala. Ordena antes de que preguntes cualquier cosa.

Lo sigues con la vista hasta la barra. Cuando se acomoda en su sitio el ambiente se disipa. Las cosas parecen volver a la normalidad.

Escuchas. Es un relato a varias voces porque Lorna no alcanza a hilvanar un par de frases sin llorar. Un llanto de niña. Inconsolable.

Hacia el final de la tarde llegó un sujeto. Bien vestido, con dinero. Usaba mancuernillas. Lo dejaron pasar hasta la barra. Cuando estaban por cerrar la trampa, dos guaruras armados.

Afuera seguro habría más.

Aquí no hay nada para ustedes. La voz de Flint sonó más rasposa que de costumbre.

Quiero una mujer. Respondió con tono agudo. Y cerveza para mis amigos.

Dejó un billete de alta denominación. Luego tres más.

Para todos mis amigos. Con el brazo abarcó a toda la concurrencia.

Flint señaló con la cabeza el gabinete del fondo. Hacía tiempo que no veía billetes de ese valor. Comenzó a llenar vasos mientras el intruso se acercaba al final de la barra. En la esquina, Lorna y Fiona, suponiendo que el hombre estaba harto de princesas y por eso las buscaba.

Tomó a Lorna de la muñeca, con fuerza. Al pasar por la cortina ella quiso correrla pero él lo impidió. Se sentaron uno al lado del otro. Él no soltó su muñeca.

Recorrió su brazo con una caricia áspera.

¿Qué sabes hacer?

De todo papaíto. La voz muy estridente. Falsa.

¿De todo?

Lorna asintió. Comenzó a enumerar los servicios básicos. Infló la tarifa. El sujeto seguía acariciando su brazo.

Si quieres ir a otra parte tú pagas el cuarto.

El hombre sonrió, dejando en suspenso la caricia.

Me gusta tu brazo.

Lorna devolvió la sonrisa, coqueta. Flirtear es el único recurso que le resta. Lo interpretó como nunca en su vida.

Me gusta mucho.

El sujeto se quitó los lentes oscuros. Tras ellos, dos ojos glaucos, inertes. No había iris ni retina. Sólo los globos oculares.

¿Cuánto quieres por tu brazo?

Lorna quiso gritar, hacer que todos se mataran por ella, pero no pudo. Intentó liberar su muñeca pero fue inútil. Una mueca se dibujó en la cara del hombre. Volvió a cubrirse los ojos.

No ofrezcas lo que no puedas dar. Dijo.

Dejó un par de billetes en la mesa. Caminó sin prisa. No se detuvo a recibir el cambio de Flint. Sus hombres abrieron la puerta y lo siguieron tras abandonar el local. Sólo entonces

Lorna lanzó un aullido que volvió todas las miradas hacia ella.

Te cuentan. Desde entonces está así. Dejando que El Ombligo le acaricie el brazo. Permitiendo que todos reconstruyan su historia para ver si se diluye su terror.

¿Funciona?

Lorna niega con la cabeza.

4

Sales del bar a fumar un cigarro. No es que esté prohibido hacerlo adentro pero el ambiente está muy enrarecido.

Las bocanadas de aire fresco, húmedo, bastan para tranquilizarte. Te recargas contra el muro, sientes la tosca consistencia de las piedras. Piensas en Lorna, en el hombre, en su propuesta. Un escalofrío latiguea tu cuerpo. De todas las formas de dolor, las mutilaciones son las que más te desagradan. No sabes por qué, no puedes explicarlo. Es una idea suficiente para causarte miedo.

Escuchas cómo se abate la puerta del bar. No volteas. Diriges tu mirada hacia abajo, a tu mano descansando contra tu flanco, al cigarro apagado entre los dedos. Lo acercas a tu boca para descubrirlo humedecido, inservible. Lo lanzas con molestia.

Antes de que puedas buscar otro, una cajetilla se abre frente a tus ojos. Aceptas la invitación. Flint enciende los dos cigarros. Luego se recarga a tu lado. Intentas recordar cuándo fue la última vez que lo viste fuera de su bar. La respuesta es sencilla. Nunca. El asunto debe afectarlo demasiado, concluyes al soltar una gran voluta. Más que por Lorna, porque durante esos minutos perdió por completo el control de su bar.

Te decimos. Suelta tu apodo.

Me dicen. Asientes con el cigarro entre los labios. Un ligero escozor en los ojos por culpa del humo.

El alias te ha servido como nombre desde hace meses. No sólo porque así contestaste cuando por fin alguien te preguntó en el bar. ¿Qué haces aquí? Soy huérfano. Tardaste en entender por qué lo habías dicho. Tardaste más que ellos en llamarte así. Huérfano. Son meses en que has sido sólo eso. Huérfano. De padres. De Ilya. De nombre.

Te decimos. Repite Flint con lentitud.

Después fuman. Están cómodos sin palabras. La madrugada se cuela entre sus ropas.

Úsmar sale apresurado. Los ojos rojos. Trabaja en un rastro. Deberá entrar en menos de una hora. Nunca se va tan tarde. Flint le hace una seña. Apenas un gesto que basta para decirle que no hay problema: ya le pagará mañana.

Te llamas. Ahora suelta tu nombre, el verdadero: Alistair.

Te sorprende el sonido. La voz oscura de Flint recorriendo las sílabas que te pertenecen, pronunciando todas las letras, sin pretender cargarlas de algún giro idiomático. Quieres preguntarle cómo lo sabe.

Me llamo. La última calada se prolonga hasta el filtro, negándose a renunciar al cigarro.

Flint chasquea la lengua. La brasa se extingue en un charco con un zumbido.

Lo que pasó hoy no me gusta.

Intentas decirle que a ti tampoco pero te interrumpe poniendo un sobre contra tu pecho.

Esto tampoco me gusta. Me lo dejó uno de los hombres mientras su jefe estaba con Lorna. Flint suelta el envoltorio en tus manos.

Miras el sobre. Tan sólo tiene tu nombre en uno de los lados. La letra pulcra, sin ornamentos. Un nuevo escalofrío te recorre. Lorna, el hombre, la propuesta. La idea de un brazo amputado. El enojo de Flint. No deseas buscar otro bar. Ya le aprendiste los modos a éste.

Te decimos. Te llamas.

Huérfano. Alistair.

Cuando volteas Flint ya ha desaparecido en el interior del local. Sabes que no puedes volver. No por ahora. No mientras te falte una explicación.

Caminas a casa con el sobre contra tu pecho, bajo la gabardina.

5

Antes de llegar a la esquina te detiene otra voz. Dice tu nombre, el verdadero. Volteas con lentitud. Intentando reconocer las notas graves, el tono. No lo consigues pero ya son muchas las voces llamándote. Demasiadas. A unos metros, una silueta.

Alistair Peak. Repite y completa. Se nota la intención de pronunciar bien.

Los detalles se van definiendo conforme se acerca. El arbotante de la esquina sí funciona. Lanza una luz cobriza que acentúa las líneas de su rostro.

Así que Huérfano, ¿verdad? Está a unos cuantos pasos. La cara seria, sin rasurar. Una cicatriz cruza una de sus mejillas. Está bien vestido, formal. Camisa, saco, pantalón de lana.

¿Nos conocemos? Buscas ganar tiempo aunque no sabes para qué: huir resulta ridículo. Te sorprende no tener miedo.

Se acerca aún más. Entonces distingues los vuelos desgastados del saco, el cuello luido de la camisa. Los zapatos, en cambio, parecen finos.

Soy Lorie. Te tiende la mano.

Asientes con la cabeza, negándote a corresponder su gesto. Regresa la mano a su bolsillo con naturalidad, sin acusar desprecio.

Quisiera decirte algunas cosas en privado. Ofrece de golpe. Se nota en su voz que no te hace un favor sino que piensa cobrar por ello.

No entiendes cómo funciona la vida, los sobresaltos. Llevas meses instalado en una rutina tersa y, de pronto, ésta se rompe por varios frentes. Una, dos veces en la misma noche. Tocas tu pecho para comprobar que conservas el sobre. ¿Será que Lorie sabe que te lo entregaron? ¿Le interesa? Imposible dar respuesta. Tú mismo ignoras su contenido. Si te lo pidiera

se lo entregarías sin dudarlo aunque luego te atormentaría la duda.

¿Decirme cosas? ¿Como qué?

Como quién fue el responsable de la muerte de tu padre.

Una andanada de imágenes se aparece frente a ti, provocándote el tercer escalofrío de la noche. Tu padre.

Mi padre. Murmuras.

No, no te interesa saberlo. No eres un hijo desnaturalizado. No. Fue él quien los abandonó. Tu madre insistía en que él te seguía queriendo. Quizá. A ti te significó pasar la hoja por encima de su cariño. Si algo quedó se fue deslavando, poco a poco, por medio del rencor. Él seguía vivo y te había abandonado.

Por eso la noticia de su muerte te significó un alivio. Para los dos. Para ti que ya no tenías que cargar con su abandono. Para su recuerdo, que se libraba de esa misma ausencia. Por fin, tras tanto tiempo, podrías recuperar la mejor imagen suya. Una propia que no se enfrentara con su eventual regreso. Con su muerte, tu padre trajo de vuelta al que fue en sus años felices.

No me interesa. Engolas la voz para clausurar cualquier regateo.

Eso no lo puedes saber si no sabes lo que puedo decirte. Revira Lorie con una frase torpe. Pese a la presteza de su voz algo en su actitud hace ver que no esperaba tu respuesta.

Gracias de cualquier modo. Das la vuelta. Apresuras el paso. Nuevas gotas caen junto con el alarido de un relámpago.

Piénsalo bien. Mi oferta caduca. A otros también les interesa la identidad de esa mujer.

No te detienes. Su estrategia ha resultado. Una sombra de intriga se cuela entre dos goterones. ¿Por qué habló de una mujer?, piensas cuando alcanzas una calle conocida.

6

Abres la puerta de la casa, del departamento. Desde que murió tu madre clausuraste el piso superior y el ático. Es más fácil limpiar, tener todo a la mano. Te rehúsas a convivir con fantasmas pero no te atreves a vender la casa. Así que dejas a los fantasmas en la planta de arriba y te conformas con la penumbra del piso inferior.

Antes de revisar el sobre te sientas. Un cansancio repentino, dolor en las rodillas. Las imágenes se desbordan, mezcladas. Tu padre. Lorna. El desconocido. Flint. Tu padre amenazando a Lorna. El Ombligo acechando. Flint, el asesino de tu padre. Te asfixias. No. No puede ser Flint. Tú mismo cortando el brazo de la mujer…

La bocanada tiene algo de estertor.

Terminas de pie. El sobre en la duela.

Enciendes un cigarro antes de tomarlo. Por un instante piensas que ahí dentro está la respuesta sobre la muerte de tu padre. Entonces dudas. Tardas en disociar los dos eventos. Han sido muchas emociones.

La curiosidad rasga el papel amarillo a lo largo de una de sus aristas. Tampoco encuentras respuesta sobre el ataque a Lorna. ¿En verdad fue un ataque? ¿Y si exageraba?

La invitación es rectangular, escueta. Habla de una exposición única. Auspiciada por Laskie. Al lado, dos boletos. Señalan la hora de arribo, exigen puntualidad. Las letras VIP son más una orden que un privilegio. Los dos tienen tu nombre impreso. Intransferible, reza una advertencia en letras minúsculas.

Dejas los papeles sobre la mesa. Te reclinas en el sillón, dispuesto a disfrutar el cigarro, el golpeteo de la lluvia en el domo, la luz macilenta. De Laskie apenas sabes algo. Un empresario y un mecenas. Un nombre perdido en alguna

plática. Heredero de una fortuna. Nada más. No. Hay más. Una idea nítida que se emborrona. Se te escapa. La dejas ir. Ya volverá. Tal vez entonces descubras por qué te ha invitado.

No sólo a ti. Son dos los boletos. Quizá ya sea hora de hablar con Ilya. No has marcado su número desde que salió de esta misma casa sin decir palabra. Has pasado meses buscando un pretexto para hablarle, para pedirle explicaciones. En lugar de hacerlo te refugiaste en un bar decadente.

Sí, quizá ya sea tiempo.

Apagas el cigarro.

Sientes la impronta del día en los músculos. Cabeceas. Antes de dormirte sonríes ante la perspectiva de hablar con Ilya. Te preguntas con cuál de todas las Ilyas que ella misma encarnaba hablarás. El resto es sueño. Duermes sin imágenes. Dejas a las pesadillas aguardando hasta el amanecer.

Segunda parte:
Algunas viñetas en torno a Ilya

1

Sobre Aníbal existen muchos mitos. Algunos son antiguos, como su propio nombre. Al parecer, nadie conoce el verdadero. Alistair ha gastado varias tardes averiguándolo. Ha sido inútil.

Otros mitos son más recientes. El principal está relacionado con su brazo. Con su inexistencia. Está cortado a la mitad del antebrazo. No siempre ha sido así, por supuesto. No habría sido pintor si así lo fuera. Su éxito iba de la mano de su extravagancia hasta que desapareció. Lo supusieron de viaje o lo olvidaron. Cuando volvió ya no tenía un tercio de la extremidad

Aníbal no se refugia en el pudor ni en garfios o prótesis. Prefiere dejar su muñón en libertad. Con él señala los errores en los cuadros, da indicaciones poco claras y amenaza, con singular frecuencia, a sus alumnos. Es como si su necesidad por conservar lo perdido fuera suficiente justificación. Así que Aníbal ha visto a detalle el miembro amputado. Un pliegue de piel lo cierra, clausurándolo. Las puntadas son toscas sobre un colgajo venturoso. Se le nota estirado no sólo por las estrías sino por el tatuaje deformado. Aníbal se había hecho dibujar su propia firma. Ahora todo queda reducido a una cruz alargada que da vuelta sobre el final romo de la extremidad.

Los alumnos especulan siempre que hay ocasión.

Fue un accidente aquí mismo. Sostenían. Con una sierra de disco. Estaba terminando una escultura.

No. Chocó en la carretera. Borracho. Su brazo se incendió. La gangrena obligó a los doctores.

No. Le debía dinero a la mafia. Fantaseaban.

No. Él mismo se amputó. El odio alimentaba las ideas. Se amputó al descubrir que ya no pintaba bien. Así no tendría que aceptar su decadencia.

No. Una mujer lo puso a prueba. ¿Hasta dónde llegarías por amor, abandonarías tu arte? Pruébalo. Dicen que dijo.

No.

Sea como fuere, Alistair se está hartando de su discurso manoseado y repetitivo:

Los verdaderos artistas requieren cuatro cosas: pasión, talento, técnica y disciplina. Así comienza cada clase. Luego explica que él sólo podrá mostrarles la técnica. El resto depende de ustedes. Bajo ese argumento los pone a pintar, una y otra vez, el mismo motivo. Hasta el cansancio. Hasta la aparición de un pequeño detalle que diera pie a otra filípica inconclusa y aburrida.

Por eso Alistair está a punto de renunciar. Ya no le interesa indagar más en torno a Aníbal, trazar de nueva cuenta un paisaje o un bodegón ni escuchar sus comentarios. Ya le ha quedado claro que tiene talento de sobra pero le falta pasión; cuenta con la técnica pero es indisciplinado. No es tan malo el balance. Hay quien ha triunfado con mucho menos.

Mientras camina rumbo al taller comienza a sentir nostalgia por la partida; siempre ha preferido la costumbre aciaga que la búsqueda de novedades. Entra por el mismo zaguán estrecho, flanqueado por macetas abandonadas. Algunas conservan algo de tierra y pequeños troncos muertos. El resto acusa el mismo deterioro que el entorno. Losetas rotas, sueltas; paredes carcomidas por la humedad; el zoclo roído por la plaga. Al fondo un patio. El piso de cemento es un collage tornasolado de voluntades insumisas y gotas de pintura.

Alistair se acomoda frente al caballete. Abre el estuche de pintura mientras se pregunta si no será una necedad esta última clase. Se encoge de hombros: no es que tenga un mejor lugar al cual ir.

La clase inicia con el manido discurso. Aníbal camina en el círculo delimitado por los caballetes. Alistair pierde el sentido de sus palabras. Tarda en acusar recibo de la nueva presencia.

Es una mujer que se le clava en el ánimo.

Viste una falda larga y colorida que llega hasta sus huaraches. Una blusa suelta contribuye a esconder por completo su figura. Alistair se concentra en su cara. Sus facciones son armónicas, simples y curveadas. La boca un

holán carnoso y preciso. Los ojos entornados no regalan ni un vistazo. El pelo recogido en una coleta deja sueltas varias hebras que definen el contorno del rostro.

Hola. Soy Ilya. Vengo a pintar con el maestro Aníbal. La simpleza de sus palabras contrasta con el tono oscuro de su voz.

Aníbal se le acerca a grandes zancadas, se le nota la furia en el puño crispado. Alistair da un paso hacia adelante, en un ridículo intento por defenderla. Innecesario. Antes de que Aníbal llegue hasta Ilya, ella esboza una sonrisa ligeramente torcida hacia la izquierda. Sus ojos no han dejado de mirar a los del hombre pero se desvían un segundo antes del encuentro. Busca en su bolso. Saca un cigarro y lo enciende.

Sí se puede fumar aquí, ¿verdad?

Aníbal la conduce al caballete opuesto a Alistair. Está bien. Ha decidido continuar con las clases.

2

Como siempre, Ilya llega tarde. A Alistair no le importa. Pide el primer café de la tarde y jala un sorbo de la orilla de la taza. Escalda la punta de su lengua. Una mala noticia para el beso que por fin sucederá, imagina con un sesgo de autocompasión.

Saca la cajetilla de cigarros, la golpea tres, cuatro veces, para que el tabaco se comprima contra el filtro; así evita que la brasa se afloje cuando tira la ceniza. Abre la caja, batallando un poco contra el papel metálico. Escoge un cigarro de la fila de atrás, sólo por la dificultad que entraña sacarlo. Lo enciende. Se pregunta cuánto tardará Ilya en llegar.

Es curioso. Alistair a veces viene a este café para pasar la tarde en solitario. Las piernas extendidas, sus pies invadiendo el espacio bajo la silla del comensal ausente. Una taza humeante. Los cigarros necesarios mientras observa a las personas pasear por la calle, unos metros debajo de la terraza donde se encuentra. Al cabo de un par de horas se levanta satisfecho y ya, ninguna expectativa por cumplir. Sin embargo, hoy no es así. La espera se vuelve tedio, impaciencia, dedos descabalgados trotando sobre la mesa; una cadencia repetida. Casi podría increparla por su tardanza de no ser porque agradece su arribo.

Ve a Ilya a la distancia, antes de privar al cigarro de su dignidad contra el cenicero. Sus pasos conservan esa cadencia volátil que no es sencillo imputarle sólo a su sensualidad; también tiene matices de tristeza. Como casi siempre, una falda larga completa el hipnótico vaivén junto con un par de sandalias, una blusa un tanto corta, lentes oscuros y el cabello recogido en una coleta.

Se detiene en el cruce de la calle. El semáforo cambia.

Comienza a cruzar. Obedeciendo a la misma señal luminosa, una mujer se incorpora al arroyo para recorrer los pasillos formados por las filas de autos. Pide dinero. Alistair le calcula unos sesenta años. El rostro estragado por la intemperie y el cansancio; por una vida difícil y demasiados hijos, supone. No ruega ni insiste; no exhibe discapacidad alguna. Se conforma con caminar hasta la siguiente ventanilla, alzar la vista y aceptar el gesto de rechazo.

Ilya ha cruzado la calle pero no continúa con su camino. Observa a la mujer quien, sin cambiar un ápice su expresión, recibe unas monedas. Llega a la banqueta opuesta y se recarga contra un poste de alumbrado. Los carros arrancan.

A fuerza de mirar a Ilya, Alistair no puede separar la vista de la otra mujer. Cuando un nuevo cambio en las luces la regresa al arroyo, la rutina se le ha asentado aún más en la existencia.

Ilya sale de su pasmo. Apura los pasos restantes y desaparece. Un minuto después está junto a Alistair. Se incorpora. El abrazo es cariñoso, sincero. Alistair huele su cabello respirando profundo: percibe el desliz de la canela sobre una fragancia que no sabe nombrar. Ella se deja hacer, prolongando el contacto. Cuando por fin se separan le regala una sonrisa. Él se deja cautivar por ese ligero trazo melancólico. La blancura de sus dientes, pequeños y redondeados, más la plenitud de su expresión, bastan para alegrarlo.

Lo besa cerca de la comisura de los labios. Remueve algún anhelo y se sienta frente a él.

Ordena un café, toma un cigarro de la cajetilla recién inaugurada, lo enciende y aspira hondo. Alistair clava la vista en el papel que se consume. Ilya alza la barbilla hacia el techo y, sólo entonces, exhala una nube de matices azulados.

Fíjate en esa mujer. Señala con el cigarro. La que pide dinero.

Alistair lo hace sin confesarle que ya lo había hecho. En el transcurso del cigarro la escena del semáforo se repite tres veces.

¿Te das cuenta de que cuando se recarga en el poste su mirada se pierde?

Él asiente sin más. Dirigiendo la vista a eso en lo que no

había reparado. Incluso finge algo de interés.

Porque en ese momento escapa. Fíjate bien. Debe ser terrible lo que está pensando. Concluye la incipiente conversación mientras se humedecen sus ojos.

Y Alistair no puede sino preguntarse qué es lo que Ilya descubrió, qué es lo que piensa esa mujer que ya se instala de nueva cuenta, con la mirada perdida, a la espera del siguiente cambio en el semáforo.

3

Al lado de Aníbal Ilya se ve indefensa, incluso insignificante: un cervatillo herido al que ronda su depredador. Ella llena sus lienzos a gran velocidad pero sus trazos son monótonos, los colores planos, no hay matices ni contrastes. Aun así, Aníbal no los critica demasiado. Incluso usa su mano íntegra para señalar los desaciertos sin obligarla a ser partícipe del muñón palpitante con que azuza al resto de la clase.

Alistair observa, atrincherado tras su caballete, porque es inevitable. El coqueteo de Aníbal es tosco, casi grosero. Ilya parece no darse cuenta. Si acaso, sonríe de vez en cuando. Es la nueva mecánica de las sesiones: Aníbal repasa a gran velocidad los cuadros de los pocos alumnos sólo para irse a refugiar tras el caballete de Ilya.

Alistair ve cada detalle de su aproximación. Aníbal camina con seguridad hasta plantarse justo detrás de ella. Desde ahí simula contemplar al cuadro. Asiente. Ilya lo ignora un par de minutos. Su pincel corre cual brocha sobre la pared. Termina algo. Sólo entonces voltea, pidiendo la opinión del maestro. Da un par de pasos hacia atrás para ganar perspectiva. Aníbal habla en voz baja pero se escucha en todo el patio. Son trivialidades sin sustancia. Luego separa la vista del cuadro. Observa en torno. Ignora las miradas.

Con un movimiento rápido toma a Ilya de la cintura con su brazo bueno y la gira hasta tenerla frente a él. La primera reacción de ella es defensiva. Busca zafarse sin éxito. Ahora son casi dos los brazos que la rodean con fuerza.

Alistair apura varios pasos hacia ellos. Un pincel en la mano, espada insuficiente.

Ve con terror cómo Aníbal aproxima sus labios a los de Ilya. Ella alcanza a girar la cara para recibirlos a la altura del

cuello.

Alistair da tres pasos más y Aníbal lo vuelve a intentar. Por última vez.

Ilya pone sus manos contra el pecho de Aníbal y empuja. Apenas gana un par de centímetros. Suficientes para hablar.

Me envió Laskie. La serenidad pronunciando esas palabras.

El resto es una secuencia colapsada. El rostro de Aníbal se descompone. No podría asegurarse si es asco o terror. Afloja el brazo y se aparta. Camina de espaldas. Cuando Alistair llega al lado de Ilya, el manco la mira con desprecio. Toma el muñón con la mano y lo soba. Da media vuelta y desaparece de su estudio. Ilya recarga su cuerpo contra Alistair que conserva el pincel en ristre.

¿Laskie? ¿Quién es Laskie? La intriga le gana terreno al consuelo. Debió pronunciar otras palabras.

Un viejo amigo. Alistair no puede evitar el ramalazo de celos recorriéndole la espalda.

4

Ahora es una plaza pública, una explanada. Escogen una jardinera y se sientan sobre el césped. Se percibe un poco húmedo.

Imagina el siguiente escenario. Ilya habla tras un cómodo silencio. Estás en un parque, una plaza, un centro comercial o cualquier lugar donde haya mucha gente pero está extrañamente vacío y, a la distancia, ves a la actriz o cantante de moda. Mejor aún: la que más te gusta, con quien más fantasías hayas tenido en tus insomnios húmedos. Una celebridad por donde se le vea. Te encanta como a tantos otros. Darías lo que fuera por un acostón o, mejor, porque existiera algo entre los dos.

Ilya hace una pausa. Sorbe de su vaso desechable.

¿Vamos bien? Se le nota emocionada.

Alistair asiente, visualizando la escena con mucha claridad. No tarda en ponerle rostro, cuerpo y nombre. Ni siquiera es un problema el que hablen diferentes idiomas. Como bien dijo Ilya, ya lo ha hecho en múltiples fantasías. Ella lo nota. Sonríe.

Veo que ya elegiste… En fin, sabes que es una oportunidad única. Dentro de menos de un minuto llegarán sus escoltas o una multitud para alabarla. Quizá esté un poco perdida en medio de un evento publicitario. Imagínate cuántos aduladores tiene. Hombres ricos y poderosos podrían ofrecerle demasiadas cosas. Tú sólo tienes unos cuantos segundos… una frase.

Ilya hace una nueva pausa. Refrena la emoción casi física que parece producirle su propia idea.

Eso, una frase antes del colapso. Alistair se pregunta por qué utiliza ese término: colapso. No se da tiempo para responder porque Ilya concluye: ¿Qué le dirías? ¿Qué le dirías

para garantizar su atención, que ella quiera seguir escuchándote o para conquistarla de golpe?

Él no responde. Nunca ha sido bueno para tales escenarios. No tiene la menor idea de lo que debería decirle pero el problema va más allá de eso. Mira fijamente a Ilya. Ella sonríe complacida, dándole a entender que puede tomarse su tiempo. Suspira al observar el contorno ondulado de sus labios. Le devuelve una sonrisa que es mueca. Se recuesta en el árbol a sus espaldas. Pierde la vista en el cielo.

Alistair es incapaz de identificar a qué vienen estas preguntas. Cada tanto, Ilya hace una pausa en medio de las conversaciones para lanzar sus ocurrencias. Al principio lo desconcertaba. En su necesidad por satisfacerla aventuraba respuestas rápidas. Entonces descubrió que sus preguntas eran serias. Al menos para ella. Desde entonces intenta contestarle como si algo grande dependiera de esa respuesta. De hecho, algo grande suele depender de éstas. Un par de abrazos entusiastas lo confirman.

Enciende un cigarro sin ofrecerle otro a Ilya. No le importa. Dentro de un par de caladas deslizará su mano sobre la tuya para apropiárselo. Comparten cigarros por penurias aunque Alistair no se sustrae de cierto goce sensual: la caricia iniciada por el tacto femenino sobre el anverso de su mano acaba cuando él recupera el cigarro y lo fuma sólo para percibir cierta humedad sobre el filtro. La humedad de sus labios, de su saliva; del beso nunca dado.

Sigue sin respuesta. Podría decirle cualquier cosa pero sabría que miente. Si no es capaz de emitir la frase o serie de frases con que la seduciría a ella, considerando que pasan muchas horas juntos, cómo conquistar a una celebridad en unos cuantos segundos. Porque la seducción es la clave. Ya sea para que caiga rendida a sus pies o para interesarla en continuar la plática. En cualquiera de los casos es un acto de seducción.

¿Y bien? Pregunta de pronto. Se le nota divertida.

Alistair le arrebata lo que queda del cigarro. Apenas alcanza para una fumada no muy profunda. Percibe los restos de su saliva y considera el contestarle algo así como “lo mismo que te diría a ti”. Disipa su respuesta con el argumento habitual: podría perderla incluso como amiga.

No existe esa frase. Responde titubeante. Ella lo observa con escepticismo y le pide continuar. El problema radica en que no estaríamos en igualdad de circunstancias. Yo no dejaría de ser un fan intentando conquistarla. La clave no está en la frase sino en el contexto. Todo sería muy diferente si, por ejemplo, nos encontráramos en una fiesta como iguales. Podríamos platicar y conocernos. Quizá bastaría una frase simple, nada espectacular, sin un carácter perentorio… No creo que exista una combinación única de palabras que resulte infalible… No sé, no lo creo…

Ilya aprieta los labios hasta hacerlos desaparecer. Alistair nota que no le ha gustado su respuesta. Ella se incorpora sin mediar palabra. Los vuelos de su falda se abren como una campánula. Él alcanza a ver la parte posterior de sus rodillas apenas lo que tarda la gravedad en vencer al aire. Se adivinan tersas, cálidas. Se levanta de inmediato. Caminan unos cuantos metros. Sus sandalias hacen un ruido chicloso a cada paso.

Yo creo que sí existe esa frase. Debe existir. La melancolía se apodera de su voz.

Qué no daría él por conocerla, suspira y se rezaga. Va medio paso atrás de ella y, como siempre, la sigue sin reparos. Que él recuerde, ella nunca pronunció tal frase consigo.

5

Caminan.

Cada tanto Ilya rehúye la consabida mesa de café, la rutina. Le pide a Alistair dar la vuelta, caminar, sin mayores aclaraciones. Él sabe que tomarán uno de los múltiples senderos poco transitados en ese remedo de bosque inserto a media ciudad.

Cuando lo pide, algo lo espabila por completo. Las primeras veces una emoción creciente, un anticipo: tal vez Ilya quiera apartarse del mundo para entregarse a una pasión secreta encarnada en su persona. Ridículo. Y, pese a ello, Alistair casi puede imaginar cómo el paseo se vuelve caricia, beso y futuro. Ridículo. Tanto, que ni siquiera se le puede llamar desengaño a su negativa para tomarle la mano en las zonas difíciles. Ilya camina con las dos manos enlazadas al frente, en una coreografía incómoda; entrelaza los dedos y los deja caer hacia adelante. No protege nada. No propicia nada. Sólo camina.

Él ha descubierto que caminan para no ser cómplices o para mantener inmaculada la terraza del café. Lado a lado no es factible verse a la cara.

Caminan para desmoronar las esperanzas.

De ahí que esté atento. Enciende su cigarro y calla. No le ofrece uno. Sus manos están ocupadas.

El bosque huele a humedad, a tierra mojada. Alistair evita la bocanada de aire puro con tabaco. No puede perderse desentrañando el misterio de cada aroma. La salvia y el eucalipto son los más evidentes. El suelo no es del todo lodoso. Son senderos apisonados que utilizan los corredores matutinos. Ellos se llevan el lodo y el crujir de las hojas a cada zancada. Dejan pocos vestigios, huellas de tenis. Una ruta por seguir, varias desviaciones, el cuidado con que apaga

el cigarro. Lo presiona contra la suela de su zapato, asegurándose de que no queda brasa alguna. Hasta parece un acto de odio cuando, para mayor certidumbre, lo restriega contra el piso enlodado a la vera del camino. Sólo le falta ocultarlo bajo una piedra. Para entonces se ha retrasado una decena de pasos.

No hace mucho por alcanzarla. Fija en su colección de imágenes el vuelo de su falda, la curva de su cadera, su espalda y la forma con la que su cabello cae sobre ésta. Parece flotar. Con los hombros hacia delante para tomarse las manos. Apenas repara en las imperfecciones del sendero.

Caminan para descubrir lo inalcanzable.

Como Alistair no hace mucho por alcanzarla, Ilya reduce el ritmo. Casi nada, lo necesario para que él se acerque de a poco. Cuando los separan apenas un par de metros, su voz atrae a todos los demonios que habitan esos bosques:

Estoy saliendo con alguien.

Lo dice casi sin querer, con descuido, como si fuera lo más común del mundo y no estuviera enterada de que le está dando una razón a ese paseo. Alistair tarda en notar que sus manos se aprietan hasta lastimarlo. Da un paso más, y luego otro, y otro. No la alcanza. Hay distancias que es mejor no salvar. Él siente cómo se anida un coraje pesado que explotaría al verla de frente. Se sorprende que todo sea enojo, sin lugar a la tristeza.

¿Y si acabara con esto de una vez por todas?

El escenario es idóneo. Un crimen pasional como tantos no es motivo de investigaciones exhaustivas. Ilya no hace más que contribuir a la violencia: le habla de él, enumera sus virtudes, confiesa que es un hombre casado. Alistair desoye sus palabras mientras conjetura cuál será la mejor arma: una piedra, la pequeña navaja en su llavero, sus propias manos privándola de oxígeno. Es tan frágil que cualquiera serviría.

La determinación llega entre dos pasos. Alistair aventura la primera de las zancadas, luego la otra. Un metro antes de llegar a su cuello, Ilya da la vuelta: sus ojos están cargados de la suficiente melancolía como para desarmarlo. Separa las manos para recibirlo en un abrazo al que corresponde, asiéndose a una esperanza diminuta a la que se aferra con todo el cuerpo.

Una eternidad más tarde le pide un cigarro. Es el pretexto para desasirse y continuar. Le da la mano. Emprenden el regreso. Alistair no repara en el lugar donde avienta la colilla.

Camina para conjurar sus demonios.

6

La mordida llega sin fuerza pero los dientes del perro alcanzan a penetrar en la pierna de Alistair. Apenas un poco. El perro es pequeño. El bozal parecía innecesario. Ellos caminaban por el parque, sin prisas. Una señora, como tantas otras, paseaba a su cachorro. A Alistair nunca le han gustado los perros pero no les tiene miedo. Así que no pudo ser el olor de la adrenalina lo que le hizo girar la cabeza, zafándose del bozal y la correa para lanzar la tarascada. Apenas tuvo tiempo de frenar, de echar el cuerpo hacia atrás, de retraer un poco la pierna. Un reflejo inútil porque los colmillos golpearon hasta penetrar.

La señora se disculpa una y otra vez. Regaña a su mascota con palabras dulces, como una madre que quisiera generar un sentimiento de culpa o de vergüenza en su hijo. A Alistair le molesta la afrenta pero pronto alza la mano, la diestra, y le dice que no pasa nada. La señora sonríe y continúa su camino sin dejar de reconvenir al perro.

¿Estás bien? Un ligero tono de preocupación se decanta en la pregunta.

Él asiente pese a la punzada de dolor. Un par de gotas de sangre se dejan ver a través de la tela.

Ilya lo arrastra hasta una banca. Enciende un cigarro. Los bajos del pantalón son demasiado estrechos como para subirlos arriba de la rodilla, donde fue el impacto. Alistair se conforma con sobarse un poco. El dolor es más propio de un golpe que de una rasgadura. Ilya le pone el cigarro en los labios, dejando su mano pegada a su cara. Él da una larga fumada. Toma el cigarro y se reclina en la banca. Hay algo de placentero en haber sido agredido, en que ella se preocupe por él.

¿Por qué no hiciste nada? Pregunta con un ligero tono de

reclamo.

No sabe qué responder. Ignora el alcance de su pregunta.

¿Algo como qué? Intenta que sea ella quien responda.

Como patear al perro, gritarle a la señora… no sé, una reacción más natural. La voz un poco más aguda, exaltada.

Alistair se queda callado un buen rato, imaginando las posibles escenas. Todas resultan ridículas, falsas. Supone que, para volverlas reales, tendrían que ser producto del reflejo y no de la planeación. Intuye que existen personas que, cuando ven venir la tarascada, en lugar de echarse hacia atrás, asestan la primera patada. Otros habrá que, en cuanto sienten el impacto de los dientes, inician su propia agresión. Unos más, reservan su respuesta para la mujer, como sugiere Ilya. Considera que todo está bien, que las respuestas son lógicas y hasta plausibles. Él no respondió y no puede hacerlo ahora. Se notaría la premeditación, la ventaja. La posibilidad de una defensa propia se ha convertido en la idea de una venganza.

Ilya rebusca en su bolsa. Pronto tiene en la mano uno de esos aparatos eléctricos de defensa personal.

Toma, te lo presto. Su voz suena cándida, sincera.

Él ignoraba que ella cargaba ese tipo de artefactos. Niega con la cabeza.

¿Por qué no? Estarías respondiendo a un ataque. Dejarías de ser la víctima. De nuevo los matices agudos.

Alistair quiere explicarle lo de la defensa propia y la revancha. La simple idea de alcanzar a la señora con el perro, ponerse a la distancia propicia y disparar el aparato le parece ridícula.

Vamos pues. Da la última calada al cigarro.

Ilya pone el aparato en sus manos. No pesa demasiado. Sólo tiene un enorme botón rojo, para evitar cualquier clase de confusión. Caminan hacia donde partió la señora. Él alcanza a verla a lo lejos, en la esquina opuesta del parque. Ilya también la ve.

Vamos, ¡apúrate! No puede evitar que el entusiasmo impregne a sus palabras.

Apresuran el paso. Cuando están a unos veinte metros del objetivo, la señora y el perro cruzan la calle. Escapan. Ilya lanza un suspiro. Se acomoda en otra banca y enciende un cigarro nuevo.

Si te hubiera mordido a ti, ¿qué habrías hecho? Pregunta Alistair para tomar la iniciativa, para no ser quien siempre responde.

Lo habría matado. Ilya lanza el humo al cielo. La voz rotunda se vuelve indiscutible.

Alistair alza la vista. La voluta azulada se pierde entre el follaje de los árboles.

7

¿Así que te acuestas con Fabiana? La voz de Ilya es tan serena como el gesto con que le arrebata el cigarro, despojándole del único asidero posible.

Alistair duda. Si Ilya formuló la pregunta es porque conoce la respuesta. Basta pensar en la forma en que la elaboró: sin mediaciones, una afirmación más que una interrogante. Por eso asiente con la cabeza, sintiendo que con ese ligero movimiento de cabeza las traiciona a ambas.

A Fabiana la reencontró una tarde cualquiera. Los pasos se perdían en el eco reverberante de los adoquines. Alistair se detuvo en un parque. Fumar sentado es mejor que perder el aliento en volutas disipadas por el tránsito. La imagen podría ser el afiche de una película: en la banca, con la pierna cruzada, mirando al horizonte con la sombra del follaje jugueteando sobre su cara.

Justo ahí fue donde lo encontró.

La sorpresa fue mutua. Eso se dijeron. Ella había abandonado el taller de Aníbal poco después de que Ilya apareciera. Durante ese periodo apenas platicaron un par de veces. Alistair se enteró de que se iría. Organizaron una reunión para despedirla pero él no fue. Para entonces ya sólo pensaba en otra mujer.

Fabiana le gusta. Bastante. En un sentido y una forma muy diferentes a como le gusta Ilya. Con Fabiana todo es más festivo, alegre incluso. Sin la solemnidad de los rituales. También es más claro. No existen ocultamientos. La misma tarde del parque se acostaron por primera vez en su casa. Una mansión avejentada por la crisis, con figuras de cemento adosadas a la fachada. Se respiraba un toque aristocrático perdido entre los vencejos de las cortinas.

Sus cuerpos se amoldaron de inmediato. No intentaron

edulcorar la relación cargándola de sentimientos. Aun así, poco a poco fueron necesitando más del otro.

Ella me lo dijo. Ilya siempre ha tenido la habilidad para meterse en los pensamientos.

Un alivio tenue libera la tensión entre los hombros de Alistair, en la parte superior del cuello. Ahora Ilya lo sabe y no hay nada de malo en ello. Se ha quitado de encima la carga del ocultamiento.

Suspira. El alivio sólo es momentáneo. De pronto se agolpan otras emociones. Tensa sus músculos. Siente un hormigueo subiendo por su costado hasta el hombro izquierdo.

¿Te sientes bien? La voz de Ilya suena sincera.

Alistair asiente intentando ocultar un lastre que curva su espalda. Tiene la consistencia de la culpa. Recarga los codos sobre la mesa, gira el cuello. ¿Por qué se siente así?, si de Ilya conoce cada uno de sus amoríos. Si andar con alguien más fuera una traición, ella traicionó primero.

El pensamiento es doloroso por certero. Entre ellos no existe más que una amistad sintetizada en tazas de café. Eso no evita que la traición exista. Por partida doble. Es Alistair quien ha roto el pacto de confianza entre ambos al ocultarle algo relevante para su vida. Ilya siempre le ha contado de sus andanzas y amores. La amistad se ha resquebrajado y no hay forma de escayolarla. También le ha fallado a ella. El deseo era claro. Que Ilya no lo correspondiera no le impidió enamorarse. Ahora le acaba de confirmar que la infidelidad es de las peores: le ha sido infiel a un ideal y eso es irreversible.

Salvo que sacrifique a Fabiana: decir que sólo es una aventura, nada que valga la pena. Alistair lo considera un instante. No. No quiere traicionarla también a ella. Menos cuando ya hay cariño de por medio.

Ilya rompe la tensión pasándole el cigarro. Alistair lo toma con lentitud. Tarda varios segundos antes de acercarlo a la boca, de rozar su humedad con sus labios, de preguntarse por qué las cosas son tan difíciles. Lanza el humo. Sonríe a medias y asiente, incapaz de hacer brotar las palabras.

¡Felicidades! Suelta Ilya. Su energía lo abruma. Palmea la mano de Alistair con la suya.

¡Felicidades! Repite más bajo.

Alistair intenta distinguir el sarcasmo o la burla. Ilya parece sincera. Él sonríe un poco más y siente cómo el peso del deseo perdido se instala sobre él. Cuando por fin sale del café, constata que el cansancio es tan físico y tangible que amodorra sus músculos. Está exhausto.

8

Ilya avienta el periódico sobre la mesa. El titular captura la mirada de Alistair: "Masacre en Albany". Comienza a leer el artículo. Al parecer, un sujeto entró a un centro comercial, subió al último piso y, acodado en el barandal sobre el que se veía gran parte de la plaza, comenzó a disparar con una metralleta.

Ilya le arrebata el periódico. Alistair se queda con dudas: ¿cuántos muertos hubo? ¿Lo atraparon?

¿Sabes por qué lo hizo? Ilya agrega una nueva pregunta.

¿Porque está loco? Aventura él sin la contundencia de una afirmación.

Ilya hace una mueca. Toma un sorbo de café. Golpea la cajetilla contra la palma de su mano. Niega con la cabeza.

Te equivocas. Lo hizo por placer. Por un placer difícil de explicar. El tono de voz se vuelve didáctico.

Alistair la escucha hablando acerca del poder, de la capacidad de hacer algo que nadie más. Habla de sumisión. Ofrece como ejemplo a los esclavistas, a los reyes, incluso a quienes tienen empleados. De una u otra forma están ejerciendo el poder. Pero hay unos cuantos que descubren que nunca tendrán ese estatus, el de quien manda. O quienes, incluso teniéndolo, necesitan ejercer un poder superior.

El poder de quien hace sufrir. Concluye Ilya con una sentencia.

Hasta entonces enciende el cigarro, como esperando una réplica. Por una vez Alistair se contiene. No bordeará el lugar común del amor o la bondad, del poder positivo. Se limita a asentir. Es un asentimiento cargado de resignación.

El poder de quien hace sufrir. Murmura.

Ilya sonríe antes de continuar. La perorata se alarga, los cigarros se suceden aunque Alistair deja de percibir el sabor.

Siente resequedad en los labios, un ligero escozor.

…porque el poder no recae en la muerte de las víctimas sino en el dolor que el asesino deja en los deudos. Ilya hace una pausa antes de concluir. Un poder envidiable por donde se le vea.

9

No entiendo, ¿por qué alguien pagaría tanto por un reloj que sólo da la hora? Suelta Ilya con un ligero tono de disgusto mientras extiende el catálogo que está viendo.

Alistair pasa la vista por encima, con ojo experto, sin detenerse demasiado. Reconoce un par de relojes clásicos y otros más bastante pretenciosos. De todos los que se muestran en la página central, ninguno es verdaderamente costoso y tampoco ofrecen mucha elaboración. Así que sonríe con suficiencia y la mira. Por primera vez desde que la conoce, Ilya se encuentra en desventaja con respecto a él. Ella acaba de hacer una pregunta para la cual Alistair sí tiene respuestas y es algo que no desaprovechará.

Lo importante no es que dé la hora sino cómo consigue calcularla y la precisión con que lo hace. El tono es un tanto pedante, casi como de academia.

El desconcierto de Ilya pronto se vuelve interés. Alistair hace un poco de historia, hablando de la necesidad de medir, de una manera confiable, el paso del tiempo. Menciona que, hoy en día, es fácil conseguir dos tipos de relojes. Los electrónicos que no tienen mayor mérito que la programación dentro de su chip y los mecánicos, que se dividen a su vez en varios más. Claro que existen otros pero no están disponibles para que uno los cargue en su muñeca. Si bien es cierto que los electrónicos son el reflejo de una época y la conclusión de una larga carrera en lo que a dispositivos se refiere, se producen en serie, con componentes baratos que garantizan una gran precisión pero poca empatía con el usuario, nada tienen de artesanal. Son reemplazables y no generan apego.

En una escala más abajo, están los mecánicos que hacen girar sus manecillas gracias al simple impulso de una pila. No hay demasiada ciencia en los motores eléctricos. Incluso se

podría asegurar que son más sofisticados los primeros que los segundos. Tanto, que relojes de pilas se encuentran pegados en las paredes, con publicidad sobre sus enormes carátulas. El mérito podría radicar en el tamaño de los motores pero tampoco es algo digno de ser considerado.

Luego vienen los de cuerda. Una categoría compleja donde entran también los de péndulo, de pesas y sus variantes. Desde el reloj cucú hasta el de piso. Las palabras no son suficientes para describir el mecanismo maravilloso que permite que los segundos se vuelvan minutos y éstos horas. Ilya extiende su bloc de dibujo. Los trazos se aglutinan. Alistair describe el funcionamiento de la pequeña áncora, de un pivote mínimo y de esa espiral maravillosa que va dejando su energía sobre los engranes. A estas alturas queda claro que fabricar un reloj de este tipo es mucho más complicado que los anteriores. Y, pese a ello, tienen un par de problemas difíciles de resolver: requieren que se active su mecanismo cada tanto y son bastante imprecisos.

Cuando Alistair llega a los relojes automáticos, con escapes y *tourbillones*, descubre la mirada de Ilya sobre las hojas. Nunca la había visto mirar de tal forma. Está cautivada por la manera en que algo que parecía tan lejano a su interés hasta hace menos de media hora se va concretando a partir de conceptos claros. Por si fuera poco, un tibio entusiasmo va bordando el fluir de las palabras. Saborean cada una de ellas conforme se adentran a la verdadera complejidad que se esconde dentro de esas cajas de metal labrado.

Los dibujos no alcanzan a las palabras; éstas van creando una atmósfera que las vuelve tangibles. Hacer que la energía de la reserva de marcha sea constante durante cada uno de los segundos, evitar que se sature con el movimiento intempestivo de una brazada, permitir que las manecillas cobren vida a partir del movimiento de la muñeca son apenas esbozos de las mayores complicaciones. Se suman otras más: el movimiento retrógrado, el cronómetro y el cronógrafo, los husos horarios, las fases de la luna, los calendarios perpetuos que incluyen un fechador funcional para varios siglos…

Y todo, dentro de una caja del mismo tamaño que las primeras, con miles de pequeñas piezas haciendo un trabajo sincronizado e inalterable. Alistair concluye pletórico. No sólo

porque ha mantenido la atención de Ilya sino porque se ha reconciliado con cada una de esas lecciones que, alguna vez, su padre le dio.

De cualquier modo son demasiado caros. Responde ella como para salir del embeleso.

No te preocupes por el precio, algún día te regalaré uno de los mejores.

Ilya sonríe y Alistair la imita. Sabe que ella no puede imaginar que esté en condiciones de hacer ese regalo. Él deja que todo quede como una más de las promesas que uno hace al suponer que el futuro será más venturoso de lo que es. Alistair permite que Ilya lo mire con indulgencia y no le molesta. En ella también hay cabida para la gratitud.

10

La noche es un ardid para los esperanzados. Salen a la calle: es húmeda y sinuosa. Alistair rodea la cintura de Ilya. Percibe el pálpito suave de su piel. Corrobora la tersura antes imaginada. No propicia el contacto. Le resulta inevitable sostenerla, ella apenas puede mantenerse en pie. Su blusa es algo corta. Una franja morena habita el espacio entre las dos texturas de la tela. Justo ahí se posa la mano.

La casa de Alistair es el único refugio viable para reposar el ánimo. Ilya ha bebido en exceso, él menos. El aire fresco la espabila un poco. Ya no arrastra tanto las palabras aunque sus frases reiteran la manida cantaleta en torno a lo mucho que lo quiere, a lo importante que es en su vida. Él comienza a aligerar el paso por cansancio o para prolongar el goce. Es la vulnerabilidad propia de quien protege.

Pocos metros antes de llegar, cuando la fachada ruinosa de los vecinos le sirve de apoyo, se detiene. La condensación entinta el muro con una paleta acuosa. Ilya lo mira con la intensidad de quienes están al borde de las revelaciones. Él se entusiasma. No importa que sus palabras sean producto de la borrachera. Tampoco está del todo sobrio. Consigue olvidar que su estado obedece a la partida de su amante. Los bordes de los muros y el filo de la acera se diluyen en una textura casi líquida. Alistair nunca entendió por qué Ilya se relacionó con un hombre casado. Se hartó de ella o eso le dijo. Quizá con la secreta esperanza de rescatar un matrimonio caduco.

Ilya comienza a llorar. Apenas unas cuantas lágrimas; goterones escurriendo. Sus ojos adquieren un nuevo brillo, salino, en medio de la noche tórrida. No alcanza a decir nada. Abre la boca para expulsar la macilencia acumulada. El vómito mancha el muro, su falda y el piso. Alistair la sostiene por detrás cuando llega la nueva arcada. Siente cierta

excitación cuando las nalgas de Ilya se restriegan contra él mientras ella se dobla hacia delante.

No hay culpa pese al patetismo de la escena. Si acaso decepción, al no producirse una nueva arcada. El placer se desvanece pronto.

Apuran el camino a la casa. Se vuelve tortuoso en los escalones de la entrada: su silueta gris apenas se adivina contra el fondo marengo. Por suerte hace tiempo Alistair improvisó un apartamento en la planta baja, pasado el recibidor. Ilya da rienda suelta a su tristeza.

Al abrir la puerta los recibe una habitación oscura. Se alcanza a colar un haz luminoso de fuera. Activa el interruptor sólo para dar paso a un ligero desorden: la cama medio revuelta, la mesa anegada de pendientes, una cocineta, trastos sucios y un sillón. Sólo eso. El resto es el eco de sus fantasías. La enorme casona sigue habitada por espectros.

Ilya no duda: camina hasta la cama y se tiende boca arriba. Se duerme casi de inmediato. Se nota en su respiración, ese ligero ronquido, y en el movimiento de sus párpados. Alistair la observa, embelesado. Su cara se transfigura, recupera los trazos suaves. Sus labios quedan entreabiertos…

En cualquier otra circunstancia, verla así, lo haría muy feliz.

Un ligero sobresalto en su sueño lo saca de la contemplación. Desliza la vista a lo largo del cuerpo de la mujer hasta toparse con el desagrado. Una mancha granulosa extiende sus pálpitos húmedos a la altura de sus muslos. Casi se puede escuchar cómo se endurece, volviéndose costra. Alistair siente asco. Sobre todo por la imagen de Ilya girando, haciendo a sus sábanas víctimas del contagio.

No duda. No puede hacerlo. Si se detuviera a pensar no estaría tomando el resorte de la falda desde la cintura. Mucho menos la bajaría por completo. Lo hace con un movimiento rápido, aséptico, como lo haría un profesional y no un enamorado. Alistair no sólo evita todo el contacto con su piel, tampoco la mira tras el proceso.

Camina hasta el baño con prisa. Escapa a la imagen. Enjuaga la mancha utilizando toda el agua que puede, intentando no tocarla. Disuelve el asco confiando en que el calor baste para secar la tela. La cuelga sobre el tubo de la

cortina.

Cuando Alistair vuelve, Ilya ya se ha girado, acurrucándose en posición fetal. Entonces él se encuentra con sus piernas, con el trapecio de algodón contendiendo la redondez de sus nalgas. Un impulso lanza sus manos hacia ellas, hacia lo que encuentre. Otro las detiene en forma de suspiro.

Sus sandalias están en el suelo. Él no sabe en qué momento las dejó ahí.

Se quita el pantalón y se acuesta a su lado. Boca arriba. Ahora son suyas las lágrimas. No puede definir si es impotencia o resignación pero lo cierto es que no le pondrá una mano encima.

Un sueño espeso se va apoderando de él.

11

Para Alistair, lo primero es una mano sobre su pecho, el aliento acedo y la incertidumbre. Lo segundo es un dilatado abrir de los ojos para descubrir a Ilya hincada a su lado, sobre la cama, con esa tenue sonrisa que le curva la boca hacia la izquierda. Lo tercero es corresponderle apenas, casi sin movimientos, no vaya a ser que el sueño se quiebre de golpe, fragmentándose en corpúsculos. Nadie es tan cruel como para asesinar impunemente a sus deseos.

Así que se queda inmóvil, sintiendo la mano de Ilya danzar sobre su pecho y abdomen. La sensación es tan grata como la calidez de su tacto. No se distrae mirándola. Se concentra en la continuación de la caricia. Se debate entre cerrar los ojos o dejarlos abiertos. De una forma se potencia el contacto; de la otra se da el lujo de contemplar su perfil en medio de la penumbra de la habitación.

Ella se muerde el labio inferior, apenas, como si ponderara entre lo que hará y lo que no. Él se decide y cierra los ojos. Su boca, en cambio, se entreabre, curvando las comisuras hacia abajo.

Un estremecimiento eriza la piel de Alistair. Ilya ha puesto su mano bajo la camiseta para continuar la caricia. Ella se da cuenta de la reacción e interrumpe el contacto apenas lo necesario para que él vuelva a la calma; a ese espacio indefinido entre el deseo y su concreción.

Alistair muere de ganas por poner la mano sobre la pierna de Ilya. Sigue tan desnuda como la dejó y está a su alcance. Aunque sería lo más natural, prefiere continuar inmóvil. Ella juega con el vello de su abdomen, cerca de la cintura: lo alisa y lo suelta para rizarlo de nuevo. Él hará o dejará de hacer cualquier cosa para que ella continúe. Por eso sigue con los ojos cerrados, apretados, con la respiración profunda, para

integrarse a esta escena en la que Ilya dirige y él obedece.

A cada nueva caricia la excitación crece. Tanto, que no puede sino resultar obvia para quien la tiene casi a la vista; apenas una delgada capa de tela separa lo evidente.

¿Te gusta? Más que una voz es un susurro.

Alistair asiente y el susurro se vuelve plegaria.

Ilya describe lo que su mano percibe. Habla de vello ensortijado, de piel suave, de una erección incapaz de contenerse. Desliza su mano por abajo del resorte y regresa casi de inmediato. Él responde con una contorsión involuntaria: queja e invitación a un tiempo.

Si me lo permites… La frase se completa con el movimiento de sus manos. Ahora son las dos las que desnudan la parte inferior del cuerpo del hombre.

Alistair entreabre los ojos para observar su reacción. Ella parece darse cuenta y voltea a verlo. De nueva cuenta es su sonrisa. Con sus ojos clavados en los de él toma su sexo y lo acaricia con lentitud.

¿Te gusta? Ahora es una confirmación disfrazada de pregunta.

Alistair se siente palpitar entre las manos de Ilya. Él toca su pierna sin pensarlo. La piel se eriza al contacto. Ahora la sonrisa es compartida. Ella no deja de apretar en el suave vaivén del movimiento mientras otra mano se aproxima a la barrera de la tela.

No dejan de mirarse.

Entonces ella se aproxima. La boca entreabierta es la imagen exacta de las fantasías. No lo es, en cambio, el tufo que de ella emana: alcohol, sueño y vómito coludidos para romper el encanto. La mueca de asco de Alistair es insignificante pero Ilya se detiene. Sigue con el miembro entre sus manos pero afloja la presión conforme su semblante se ensombrece. La sonrisa ha desaparecido. Él quiere pedir perdón, acercarse para besarla aunque le cueste pelear contra sus propias náuseas. Antes de que lo intente, ella sonríe.

Ahora vuelvo. Es la promesa que llega al suspender la caricia y levantarse de la cama.

Él se pierde en la cadencia de sus pasos hacia el baño: el inconfundible chasquido de los pies descalzos sobre la duela. Cuando se haya lavado la boca, cuando se haya lavado la

boca…

De pronto se siente ridículo. ¿Debe quedarse así, inmóvil, con la camiseta puesta y una erección visible, desnuda? ¿Debe tomar la iniciativa, esperarla al lado de la puerta del baño, de pie, ya sin la camiseta? ¿Debe hacer algo para mantener la erección en su estado o es mejor dejarla menguar toda vez que Ilya llegará para hacerse cargo?

Alistair cierra los ojos. Respira profundo. Escucha el agua correr. Siente alivio. Hay placeres que llegan incluso antes de consumarse. Imagina los próximos minutos, se pierde en la necesidad de contenerse, de no terminar pronto, de una segunda vuelta. También en lo que vendrá luego: dormir abrazados, iniciar una relación que mude a Ilya a este territorio compartido. Abrir, incluso el resto de la casa para volverla a habitar.

Escucha la puerta del baño, unos pasos y, casi de inmediato, otra puerta: la de la calle. Alistair se incorpora sólo para verla escurriéndose.

Lo siento. Es un murmullo con sabor a certeza.

Ilya cierra la puerta tras de sí, dejándolo a merced de todos sus miedos. Por mucho que apriete los ojos le es imposible traerla de vuelta a su lado.

Y esa demora es suficiente para no alcanzarla, cuando él se arme del impulso que lo dejará a la mitad de la calle, con una tenue lluvia cayendo sobre su cuerpo casi desnudo. Le llama la atención que sea en sus pies donde se inicie el ramalazo que lo dejará tiritando el resto de la noche, incluso cuando esté a resguardo de un techo, recién bañado y seco, tras haber recorrido media ciudad sólo para poder respirar tranquilo.

Tercera parte: ***Just after fear***

1

Llamaste a Ilya dos días antes del evento. Dudaste mucho antes de teclear la secuencia numérica. Cierto atavismo te impidió recurrir al marcado rápido, como si el roce con cada tecla fuera una afirmación de tus actos.

No había sido una semana sencilla. Las puertas del bar de Flint seguían abiertas pero el miedo dejó remanentes tan claros que todos volteaban cada que alguien hacía chirriar las hojas abatibles. Además, Flint te servía sin mirarte a la cara. Tal vez no se atrevía a pedirte que te fueras. El asunto del sobre, de tu nombre, del extraño aterrorizando a Lorna seguía muy presente. Consideraste la posibilidad de ir a otro bar pero la simple idea de buscarlo, de acercarte a alguien, de entablar una plática desde cero te provocaba pereza.

Por eso decidiste quedarte en casa las últimas noches. Incluso hiciste el intento de pintar un par de cuadros. Tenías alguna idea clara que no se concretó en ninguno de los lienzos. Apenas lograste unas cuantas pinceladas. Las necesarias para aumentar tu ritmo cardiaco.

Con la emoción palpitando fue que marcaste el número de Ilya. Todo fue demasiado sencillo: contestó, escuchó, aceptó y quedaron. No hubo asombro, saludos ni euforia. Tampoco la plática para ponerse al tanto. Se conocen lo suficiente como para continuar los simulacros.

De los quince minutos que llevas esperando, dos terceras partes son tu culpa. Has llegado temprano sin pensar en la lluvia. Es tenue pero persistente. Las farolas no alcanzan a penetrar del todo en la penumbra. Aun así, descubres la silueta de Ilya a la distancia. Fumas profundo y aguantas el humo en tu interior. Lanzas la colilla al charco. Esperas el aullido de las brasas antes de encaminarte hacia Ilya. Sueltas el humo.

Su sonrisa te recibe a la distancia.

2

Arriban a la exposición en medio de una carcajada. Ilya ha imitado con exactitud los modos de Aníbal, la forma en que se acercaba a ella. El recuerdo basta para retomar la complicidad perdida. Frente a la entrada, decenas de periodistas apuntan sus objetivos al próximo en bajar de la limusina, con la ceremonia del mayordomo abriendo la portezuela. Por suerte ustedes van a pie. Resulta fácil escabullirse del espectáculo: nadie les tomará fotos, mucho menos intentará entrevistarlos. Nadie repara en ustedes.

Representan el contraste de esta multitud. El tono de Ilya es serio.

Fíjate bien. Apunta.

La marquesina luminosa contribuye a los destellos de las joyas, los rituales solemnes de los choferes dejando a los invitados en la puerta, la danza aprendida para bajar del coche sin perder el glamour, el renacimiento de los otros.

¿Te das cuenta de que todo es aprendido?

Asientes con la cabeza. Haces un esfuerzo por observar la coreografía entera. Ilya tiene razón. Al menos en parte. Si fuera del todo sincera su crítica no se habría esmerado en su atuendo. Su vestido es sobrio, recto, un poco debajo de la rodilla, con una abertura sugerente que deja ver parte del muslo. Apenas tuviste tiempo de extrañar sus faldas largas, sus sandalias. El peinado, en cambio, le favorece. Su cabello está más corto así que va suelto. Según gire el cuello se notan los pendientes de plata. Hacen juego con una pulsera. Sobran los tacones incómodos aunque combinan bien.

Te ves hermosa. Le dijiste tras el abrazo.

Ilya abrió su gabardina para mostrarse a mitad de la calle. Fue tal el impacto por su vestimenta que pudiste emborronar la imagen que tenías de ella.

Gracias. Respondió con un gesto de coquetería. Cerró su gabardina y se colgó de tu brazo, dejándose conducir.

Sí, hermosa. Además se lo dijiste, con una seguridad que te sorprendió a ti mismo. Sin duda es más guapa que el resto de las mujeres en torno aunque no la asedian tanto; si acaso, un par de miradas indiscretas, de vistazos fugaces. La celebridad, el dinero y el poder son accesorios más llamativos que la belleza.

Te das cuenta de que han alterado la coreografía con su arribo peatonal. Un sujeto enorme camina hacia ustedes dando grandes zancadas. Se le nota la eficacia profesional. Supones que sus instrucciones son deshacerse de los intrusos sin demasiados aspavientos. Ilya aumenta la presión sobre tu brazo. Por eso dilatas tus movimientos. Sentirla indefensa es reconfortante. Cuando apenas restan unos cuantos metros para que el sujeto esté frente a ustedes, metes la mano en el bolsillo de la gabardina. Se detiene de inmediato, toca su oreja y dice algo. Reparas en el breve cable enrollado que baja por su cuello. Sacas el par de boletos. Él relaja los hombros, aliviado.

Si me hacen el favor. Su voz es seca, educada. Les indica el camino hacia la puerta principal.

Ilya afloja la presión. Recarga su cabeza contra tu brazo. Te mira a la cara con una sonrisa y toma tu mano. Varios flashazos los ciegan antes de entrar.

3

Los recibe una imagen. Simple y casi plana. El *casi* es importante. Está entre dos placas de vidrio, suspendida en el aire por medio de delgados tensores de metal anclados al piso y al techo. El juego de luces hace que los amarres se pierdan desde algunos ángulos. Así que la imagen flota y está inmóvil.

Son varios quienes se encuentran en la sala: es un filtro “explicativo” antes de entrar a la exposición. No es la primera vez que te topas con uno. Aunque te molestan un poco porque suelen orientar la apreciación de los espectadores, te queda claro que también son útiles para dosificar el flujo de la concurrencia. De poco sirve un tropel atiborrando las salas.

Así que aquí estamos, piensas. Tratando de discernir cuál es la importancia del cuadro colgado frente a ustedes. La imagen es demasiado simple: una naranja sobre la que reposa una catana japonesa. Salvo por el grosor de los vidrios y el ángulo de los cristales, todo es normal. O *casi*. Algo no termina por encajar. No lo sabes. Quizá sea tu propia percepción, tus palabras: la catana no *reposa* sobre la fruta. Hay algo de movimiento. Te da la impresión de que el fotógrafo fijó el momento justo en el que quien habrá cortado la fruta mide el golpe para luego levantar la espada antes de dejarla caer a una velocidad bárbara pero no… No es sólo eso. Hay algo más en ese movimiento imperceptible.

Cuando intentas cambiar tu ángulo de visión para averiguar algo más, descubres que Ilya ya no está a tu lado. Vuelves la cabeza y la localizas enseguida. A lo lejos la ves platicando con alguien. Regresas al cuadro. Salvo por algunas sombras y destellos sobre el vidrio frontal, el cambio de perspectiva no te dice nada nuevo. Suspiras resignado. Descubres que echas de menos la mano de Ilya. Su tibieza va desapareciendo de la tuya.

La vuelves a ubicar al fondo del salón. Ahora platica con una pareja. No te precipitas hacia ella. Algo en su imagen también te genera ciertas reticencias, como si un misterio escondiera al otro. Desechas la idea por simplona. Ilya tan sólo se ve más bella que de costumbre. Mientes. También hay algo más. Algo distinto a la belleza. El vestido y la gala no la vuelven más atractiva que sus sandalias y el cabello recogido. Al menos no para ti. Pero debes reconocer que su indumentaria te regala una nueva faceta. Tal vez la belleza radique en acostumbrarse, hasta el empalagamiento, a una idea para luego ser capaz de atestiguar su cambio. Entonces se llega a ese extraño absoluto de saberse capaz de presenciar el máximo posible multiplicado por todas estas facetas. Ahora mismo no podrías elegir entre la imagen de la Ilya de siempre, la de la noche aciaga y la actual. Sabes, no obstante, que las dos imágenes recientes llevan a un nuevo nivel a la primera y justo en ese prodigioso artífice exponencial es donde debe radicar la belleza.

Una mano agitándose rompe el encanto. Es Ilya a la distancia. Se le nota divertida. Sigue hablando con la pareja. Se les ve relajados. Con la pose característica de los ricos: algo imposible de enseñar, esa noción de tener el control absoluto del mundo.

Suspiras resignado. Ensayas una sonrisa y caminas hacia donde están. Detestas hablar con desconocidos. No, no es para tanto, pero no tienes ganas. Llegas al lado de Ilya. Se recarga sobre tu hombro de tal forma que sólo te queda abrazarla por la cintura. El contacto es agradable pero no se compara con la idea de estar aquí, actuando como una pareja. No te presenta y es una lástima porque no podrás saber lo que diría de ti. La sala se ha iluminado por completo y una voz en off, oscura y pastosa, inicia una explicación.

«Durante décadas la fotografía nos ha engañado por partida doble. El primero es un engaño cultural, algo de lo que nos hemos convencido a nosotros mismos: las imágenes sustraídas de la realidad sirven para dar cuenta de ella, para mostrarla y, en alguna medida, para demostrarla. Nadie duda de la veracidad de la imagen en sí. El asunto es que se le ha deslindado del tiempo y del contexto; de todo aquello que no es mostrado dentro de esa misma imagen. En otras palabras,

la fotografía nos ha dado certezas. Falsas certezas. En segundo término el engaño es discursivo, algo que hemos aceptado a fuerza de creerlo: la idea de que el momento existe. Sabemos que no es cierto aunque las cámaras pretendan fijarlo. El instante es una abstracción inasible.»

La imagen de la naranja se desplaza a la derecha, dando paso a una pantalla de proyección en medio de la sala. La luz forma un cono anegado de corpúsculos flotantes que, al estrellarse contra la tela, crea una imagen idéntica a la de la naranja. Luego otra más. Dos imágenes gemelas. No, no lo son. Entre ellas hay una ligera diferencia que no te puedes explicar.

«¿Qué vemos? Pongamos atención. ¿Son sólo dos pares de objetos, un acto circense, algo más? Hay quien puede imaginar una naranja partida y otros capaces de analizar el balance de los elementos pero, ¿quién puede reconstruir toda la historia…?»

La segunda de las tomas, la de la diferencia, se abre para dar paso a lo que ya habías imaginado: un sujeto vestido a la usanza oriental está tomando la catana. La fotografía se convierte en video para mostrarles cómo el arma sube, preparada ya para dar el golpe. El video se detiene.

La primera de las tomas, la que era idéntica a la capturada en el cuadro original, también se abre. La diferencia es absoluta: es el mismo sujeto y la misma naranja sólo que, ahora, él está echado hacia delante, en un movimiento cargado de voluntad, a punto de cortar la naranja. También es un video. Alguien deja que la secuencia corra. Apenas es un segundo, menos, algunas centésimas, pero alcanza a robarles la respiración pese a que todos sabían que vendría el tajo, la catana chocando contra la mesa, la naranja dividida.

«Y sólo era una naranja. ¿A quién puede importarle una naranja? No su valor ni su utilidad. Tampoco nada relacionado con su gusto. ¿A quién puede importarle el miedo que siente la naranja justo antes de que el tajo la vuelva historia?»

La ruptura de tensión es evidente. Llegan los primeros murmullos, el movimiento. No sabes si enorgullecerte por haber sospechado del cuadro. Consideras comentárselo a Ilya pero ella se desprende de tu abrazo.

«No siempre es una naranja el destinatario, ¿o sí?»

La crispación es tan física como inmediata. Ilya busca tu mano, la toma y la aprieta sin mucha fuerza. La sala se ilumina de golpe. Las luces son coloridas. Entrecierras los ojos. Una música festiva comienza a desplazar los malos augurios. Otra voz en off se cuela entre las notas musicales. Ahora es femenina y dulce.

«Recuerden, la fotografía es un engaño como lo es todo lo que verán. Al principio no sabían si la naranja era una foto o una pintura. Recuérdenlo cuando pasen a la exposición: aquí todo es un engaño.»

Pese al tono de la voz, a la música y a las luces de colores, el ánimo se siente espeso. Sólo una de las parejas cercanas a la puerta ríe a carcajadas. Hacen bien, la risa sirve para evadirse y calmarse. Tú mismo te reirías pero prefieres conservar la solemnidad que te permite tener la mano de Ilya entre las tuyas. Hay algo de esperanzador en los gestos dispendiados esta noche.

4

El acomodo de la exposición obedece a una serie de rutas. Un pequeño plano muestra diferentes recorridos. Lees, por encima del hombro de Ilya, que cualquier ruta es válida. Demoras unos segundos en ese abrazo improvisado. Cuando los que están al frente dan muestras de haber leído todas las instrucciones, jalas a Ilya con prisa. Se deja llevar, emocionada. Detestas los rituales de contemplación colectiva. Te desespera la fila implacable en las salas, la lentitud de quienes bajan la mirada para leer la ficha de la obra en turno sólo para regalarle un pequeño atisbo a ésta.

Por eso se apropian de la vanguardia. Conduces a Ilya al pasillo más alejado, rompiendo la lógica del resto de los visitantes. Con suerte podrán observar sin muchas interrupciones.

Ilya te sigue, dispuesta a perderse en este extraño laberinto. No debería ser muy complejo, dadas las limitaciones espaciales pero bien podría haber trampas y grandes peligros, fantaseas. El juego de las luces y las paredes contribuyen a la confusión.

Un cuadro aparece frente a ustedes justo al inicio de una vuelta del pasillo. Está iluminado de tal forma que resulta imposible no sumergirse en él: una mano grande toma por la muñeca a otra más pequeña. Una segunda mano echa hacia atrás el dedo anular de la que está sometida. La inclinación es notable. Casi se puede sentir que, de un momento a otro, ese dedo se zafará, incapaz de resistir la fuerza que se le aplica.

No sólo eso. Algo tiene la imagen que provoca contagio. Desentierra algún recuerdo de la infancia: esa impotencia cuando tú eras la víctima. La certeza de que te romperían el dedo pero eso nunca sucedía. Tampoco cuando eras tú quien devolvía el castigo. Había un momento en que disminuía tu

fuerza. Es como si existiera un límite psicológico encargado de evitar los daños serios. No recuerdas ningún dedo roto. De nadie. Pero eso no impide sentir la desesperación de esa mano sin identidad.

Notas un ligero estremecimiento en Ilya. De seguro ella también ha sentido, como todos, el dolor de ese dedo lanzado hacia atrás. Todos los que han sido niños y han jugado a pelear. Te das cuenta de que estás apretando mucho su mano. Aflojas la presión. Ella te regala una sonrisa triste. No puedes sino responderle con un gesto. Las palabras se niegan a salir.

El pasillo se divide en dos. No hay diferencias notorias salvo por el piso. De un lado es loseta vinílica, oscura, con un patrón que se pierde en la penumbra. El otro andador está recubierto por estos tapetes de hule que se ensamblan unos con otros. Van hacia este lado. Los pasos de Ilya son firmes pese a los tacones. El alivio proporcionado por el piso suave logra desvanecer un poco la inquietud. Caminan sin prisa, siguiendo el destello azulado de algunas luces.

Giran a la derecha en una curva en lugar de seguir de frente. Entran a una sala. Hay tres cuadros. Dos de ellos están a la altura habitual, el tercero apenas separado del piso. Son una variación sobre el tema de la naranja pero éstos recrean el momento previo a una amputación. De las dos manos. De los dos pies.

Hay algo en las imágenes que no parece natural. Es imposible saber si son una fotografía, una pintura, un fotomontaje o algo que no sabes nombrar. Volteas a ver a Ilya pero ella tiene la mirada inserta en uno de los cuadros. El sable que aparece casi apoyado sobre las articulaciones de las muñecas y los tobillos tiene el mismo movimiento suspendido de la catana: no está depositado, está a punto de golpear la carne, de separar los huesos, los ligamentos, los músculos; a punto de provocar un dolor indescriptible, tristeza…

Una gran tristeza. Dices en un tono grave, apenas audible.

Ilya no responde. Sientes unas gotas de sudor en la espalda. Hay algo siniestro en estas imágenes y no puedes pensar en ello. Debes racionalizarlas, salir de este sitio, hacer como si desconocieras la exposición de las naranjas. Se te ocurren dos explicaciones. Las imágenes son fotografías retratando el momento preciso que narran, el instante anterior al inicio de

la tortura o Laskie es un genio. Ninguna de las explicaciones te deja en paz.

¿Por qué Laskie me invitó si no nos conocemos? Murmuras sin darte cuenta.

Ilya sacude tu mano. Te sobresaltas.

¿Qué decías? No te escuché. Ilya también habla en voz baja.

Niegas con la cabeza y con la mano, restándole importancia. Dan la vuelta para encontrarse con una sorpresa: hay otro cuadro en la sala. Ubicado en la trabe sobre la puerta. Un sitio exacto para verlo cuando uno está por salir.

Es la cara de un hombre. Se percibe su miedo. Debe ser el dueño de las manos y los pies de las otras imágenes. Es un *close up* que, de pronto, adquiere movimiento. Su respiración es agitada. Suda a chorros. Algo dice en voz muy baja. Apenas mueve los labios. La cámara se acerca a sus ojos. Cuando éstos ocupan toda la pantalla, se escucha un golpe seco, absoluto. Entonces se inundan de dolor. Un dolor sordo, mezclado con incredulidad.

Un dolor que se contagia a una velocidad tal que escuchas un zumbido agudo, persistente. Estiras la mano buscando apoyo. Encuentras la pared. Jalas aire con fuerza, incapaz de separar la vista de la pantalla, de esos ojos que también traen consigo una carga de reproche. Si todo esto es verdad, la culpa es de los espectadores, de nosotros, de nosotros…, te dices. Sientes una enorme necesidad de disculparte pero se agota pronto. Te deja, en cambio, una ligera taquicardia. No tienes tiempo para controlarla.

Ilya te jala, apurándote. Algo se ha activado en ella. No logras identificar si es miedo u otra necesidad. No. Ella no está huyendo. Ilya necesita ver más. La sigues, dócil. Una nueva gota de sudor recorre tu espalda. Te estremece.

5

En las siguientes salas se topan con el mismo tipo de imágenes. Sus reacciones son similares aunque se han ido magnificando. Hay repeticiones que no bastan como para que pierdan el efecto. Otras, como éstas, sirven para hacer que Ilya caiga en una suerte de paroxismo. La violencia se ha vuelto su adicción y no te queda claro por qué. Ignoras hasta dónde llega su ingenuidad o su malicia. No sabes si sólo ve la exposición como una película gore o si se cree participante de algo verdadero.

Da igual. De nueva cuenta en pocas horas vuelve a agrietarse la idea que te habías formado de ella.

Tal vez ha sido la prudencia quien te ha convencido de que todo esto no es más que un mero montaje. Argumentarlo parece sencillo. Incluso demasiado. Pero no es así. El mismo nombre impreso en las invitaciones, publicitado en la prensa y adherido a la marquesina es una buena pista. *Just after fear* no busca abarcar la continuidad de las imágenes, tampoco abarcarlas bajo un título sugerente. Si de concebirlas como un todo se tratara, deberían llamarse *Miedo*.

Y lo perturbador no es eso. Muchos otros han intentado retratar el temor, el miedo, las gradaciones del horror. Las películas abundan, también las obras plásticas. El miedo no es el problema. Ni el exhibido ni el que busca contagiar. Existen formas mucho más efectivas para lograrlo.

Hace apenas unos meses una exposición causó revuelo. Estaba diseñada para durar sólo una noche. Los invitados entraban a una carpa enorme, algo veían en las paredes o ni siquiera eso. Aparecían unos sujetos armados, se proclamaban terroristas y amenazaban con inmolarse por una causa cualquiera. Luego mostraban explosivos pegados a sus cuerpos. Decenas de cámaras retrataron los rostros de los

asistentes. En ellos se percibía miedo, mucho miedo. Sobre todo en aquéllos que terminaron por volverse populares en las redes durante algunas semanas. También se notaba la sorpresa, la incredulidad e, incluso, la fatiga y la resignación. Fue todo un escándalo pero no pasó a mayores. Algunas amenazas, la opinión de expertos y críticos con posturas morales. Sólo eso. Al final, quedó anclado en el subconsciente de unos cuantos el terror de esa noche y, ése sí, es irreversible.

Laskie ha exagerado. No sólo por la cantidad y calidad de las imágenes presentadas. También por la duda que se cierne sobre ellas, por su posible carácter verdadero. Sobre todo por esa duda, por la simulación de la naranja. Ha ido demasiado lejos por los complementos: por esas otras imágenes o videos mostrando, sin pudor alguno, el instante posterior a cuando se recibe la afrenta. Los miembros amputados sirven de ejemplo pero ha habido toda clase de torturas: desde golpes brutales hasta taladros a punto de reventar una cabeza. Es el epítome del cine *gore* en una exposición casi carente de sonidos y de movimiento. Porque la clave está en la imagen fija, la que anticipa el dolor, la que retrata el miedo. El mismo que será superado un momento más tarde, en una reacción ímproba y humillante. Frente al dolor y al miedo no hay dignidad que resista.

Lo peor de todo es el realismo. No tienes idea de cómo se las ha ingeniado Laskie para conseguirlo. Es inevitable suponer que no existe impostura ni imitación pero eso es demasiado perverso, además de todas las implicaciones legales y sociales que conllevaría. Y, sin embargo, hay algo en las imágenes que impide descartarlas como parte de la realidad. De ésta, de la que habitas cada día.

Quizá la clave esté entonces en el engaño. El mismo del que les advirtieron en la primera sala. Aun así, aceptando que todo sea esa impostura deliciosamente instrumentada, lo cierto es que produce contagio. El *contagio de lo cierto*, por llamarlo de algún modo.

Es un contagio el que ha llevado a Ilya a ese entusiasmo desenfrenado. Por eso te preguntas de nueva cuenta, mientras observan cómo un mazo se detiene antes de estrellarse contra una rodilla, si esa excitación está relacionada con el pacto de

verosimilitud que ha hecho con la obra o con el convencimiento de que todo es real. No es lo mismo entusiasmarse con el arte cuando imita que con la realidad cuando finge. No es lo mismo que el sadismo expectante de Ilya se detone con ficción o con hechos. No es lo mismo estremecerse porque les cuentan cómo a alguien le destrozan la rodilla que emocionarse porque se puede ser testigo de ello.

Ilya te toma de la mano. Te jala hacia un nuevo pasadizo. Sus tacones resuenan contra el piso. Te dejas conducir, respirando profundo, preparándote para una nueva grieta en el ánimo.

6

Laskie se aparece frente a ustedes en la sala del crucifijo. No se te ocurre una mejor manera para llamarla. Las escenas se suceden a lo largo de una pared curveada. Da la impresión de que son fotogramas de una película. Recortes hechos de forma tal en que exista la secuencia pero no el movimiento.

Te noto descompuesto, Alistair. Es el saludo, acompañado de una sonrisa.

Laskie no se presenta, no tiende su mano. Menciona tu nombre como lo haría alguien con quien has platicado hace poco; alguna vez. Se toma tiempo para aguardar tu reacción. Tu seriedad no desdibuja su júbilo. Al contrario, apenas lo desvía. Ilya es su nuevo objetivo. Se saludan con familiaridad pero no crees que se conozcan. A diferencia tuya, Ilya sí es capaz de fingir. Laskie besa sus dos mejillas y la abraza por los hombros.

Veo que te está gustando.

Es algo, no sé… no tengo palabras. Ilya duda, se deja apresar por el brazo de Laskie. Se le nota contenta, al borde de la seducción. Su voz acusa tonos infantiles, vulnerables. Laskie asume el papel del protector.

Un ramalazo de celos tiñe el panorama.

Vas a tener que dar muchas explicaciones. Te escuchas decir para crear el ensalmo. A la prensa. Te van a hacer preguntas. Te disgusta el tono moralino. Ahora eres tú el adulto y Laskie el joven seductor.

Él alza los hombros. Suelta a Ilya. Se nota que ella resiente el abandono. Laskie se para frente a ti, avasallándote con sus ojos ocultos tras las gafas entintadas y la voz aguda.

Ése es el chiste: que hablen, que digan y pregunten…

Camina en el sentido inverso de los cuadros. Los mira con detenimiento como si fuera la primera vez, volviéndose un

espectador de su propia obra.

La belleza no requiere explicaciones. Imposta la voz, adoctrina. Ésa va a ser mi respuesta a todo lo que pregunten. Lo que me importa… Hace una pausa, se voltea hacia ustedes… es lo que opinen mis espectadores, ustedes dos. Sólo eso. Eso y, claro está, lo que sientan.

Ilya recupera el color. Sonríe. Se nota que está a punto de lanzarse en picada. Ha caído en el garlito. Su mente ya debe estar trabajando en la construcción de las frases, en ordenar todas y cada una de sus sensaciones desde que entró por la puerta principal, con el pase VIP. Laskie la interrumpe con la mano antes de que ella articule palabra.

Ya habrá tiempo para eso. Lo importante es que ahora terminen de recorrer la exposición. Mañana o pasado nos vemos para comer y platicamos. Su voz recobra la templanza. Es quien manda y decide por todos.

Asientes con lentitud. Te dejas convencer por su deferencia. Hasta llegas a sentirte privilegiado. Palmea tu espalda y le regala a Ilya otro par de besos. Luego se escurre por la única puerta del salón. Cuando ustedes salen, una punzada de molestia borra por completo el bienestar que sentiste.

Laskie ha desaparecido. Ilya finge interés y apura el paso. Te queda claro que ya no le interesa la exposición. Su efecto hipnótico ha terminado. Lo importante para ella es volver a encontrarse con Laskie. Al menos es un respiro frente a un dolor que comienza a volverse inocuo.

7

Ilya camina resignada. Va dos pasos delante de ti. No haces nada por alcanzarla. Al contrario. Te recargas en la pared. La ves arrastrar los pasos; su silueta en pos de alguien que no eres tú. Darías lo que fuera por un cigarro, por terminar con lo absurdo de esta exposición. Sientes los estragos en tu cuerpo. Son sensaciones físicas, cansancio. Todo el dolor acumulado, la náusea, el hartazgo. El cuerpo te duele. Ilya se detiene al final del pasillo.

Sacas la cajetilla del interior de un bolsillo. No te detienes a pensar si está permitido. Una breve flama basta para aspirar el desánimo. Tus caladas son hondas. Buscan llenar tus pulmones de humo, sacar todas las sensaciones de debajo de tu piel.

Ilya camina de vuelta. Se detiene frente a ti. Roba el cigarro. También aspira profundo. Alza la cara para lanzar el humo al techo. Su cuello al alcance de tus manos. Cuán tentador resulta involucrarse en la exposición; dejar de ser quien observa para volverse artífice.

Tira el cigarro al piso aunque aún quedan varias fumadas. Lo pisa.

Sus ojos en los tuyos. Sonríe.

Buscas sacar un nuevo cigarro. Ilya detiene tu movimiento. Su mano es cálida. Acerca sus labios. Te besa. Te dejas besar. No cierras los ojos. Sientes su lengua, el tenue mentol en su saliva. Acomodas la cara, mordisqueas su labio. Te sorprende la familiaridad del beso, lo que tiene de cotidiano.

Tomas a Ilya por el talle. Ella lanza su peso contra tu cuerpo. Alcanzas a percibir sus pechos recargados sobre ti.

No es lo que esperabas. No puedes sacarte de la mente la idea de que te besa porque no puede besar a Laskie. Tus manos en sus costados, desplazándose hacia abajo. Ilya

aventura una pierna entre las tuyas.

Interrumpe el beso. Sonríe de nueva cuenta. Acaricia tu cara. Ahora eres tú quien busca sus labios. Juguetea, remolonea. Alcanzas su mejilla y su cuello antes que su boca. Por fin vuelves a ella. Su rodilla empuja hacia arriba tu erección. Deslizas tu mano por el costado de su falda. Ella da un respingo, se estremece.

Tus manos se multiplican: cuello, nalgas, espalda.

Se separan sin aliento. Observas los tintes del rubor en su piel. El contacto la vuelve tersa.

Vámonos de aquí. Propone.

Atrapa tu boca antes de que asientas. Separa su cuerpo del tuyo. Luego sus labios. Te toma de la mano, jalándote. La detienes. La abrazas por la espalda. Besas su cuello y tus manos encuentran sus senos. Recarga las nalgas contra ti.

Vamos ya. Vamos. Te prometo que hoy no huiré.

La dejas ir. Sólo un par de pasos. Tomas su mano. Hay promesas que valen más que muchas certidumbres.

8

El problema es que no encuentran la salida. La exposición es demasiado larga. El laberinto parece multiplicarse una y otra vez para abrir nuevas salas, para repetir los horrores uno tras otro. Recorren un par de salas más sólo por inercia. Apenas entran, ven algunas imágenes y salen. Intentas besarla de nuevo pero algo hay de frustración en su rostro.

Comienza a correr contigo de la mano. El juego del escape es un buen argumento para retomar el entusiasmo. Corren por los pasillos. Resulta sorprendente no toparse con nadie. Corren aún más rápido. Los excitan las posibilidades y el juego. Corren sin dejarse despistar por los cambios en las luces. Corren de lo blanquecino a lo malva, pasan sobre piso ahulado y sobre duela. Ilya se deshace de los tacones, carga sus zapatos con la mano libre. La abertura de su vestido se amplía cuando las zancadas se alargan. Los pasos resuenan más cuando todo se oscurece: disfrutas al pensar en la ligera adherencia de sus pies sobre la loseta.

Al final, una puerta. Una más. La abren con la intención de seguir corriendo. No lo hacen: se detienen de golpe. Al otro lado, una pequeña multitud. Es una exageración: si acaso, medio centenar de personas. Todas los miran. En algunos rostros se ve esa misma expresión de hartazgo que tienen ustedes. Laskie se abre paso entre la gente.

Pensé que habían escapado. Dice con un tono de reproche. ¡Bienvenidos!

No contestan. Ilya se apresura a calzarse: ha caído un velo sobre su espontaneidad, sobre esa promesa que ahora se ha pospuesto.

9

El salón es circular. Además de la puerta por la que entraron, se distingue el contorno de otra en el lado opuesto. Ambas desaparecen casi por completo al atenuarse las luces. Las paredes están recubiertas por alfombra en su parte inferior. Hacia arriba, una serie de pantallas deja ver imágenes azarosas. Algunas de ellas muestran a varios de los presentes mientras recorrían el laberinto. Tu malestar crece conforme caes en la cuenta de que bien podrían haber seguido tus pasos hace apenas unos segundos. Ilya también se nota tensa.

Mejor vámonos de una vez. En tu propuesta no hay matices de seducción, sólo de huida, aunque conservas los pálpitos de los labios de Ilya sobre los tuyos.

Ella asiente o eso crees. La vuelves a tomar de la mano y dan algunos pasos hacia la siguiente puerta. Las luces se apagan, incluso las de las pantallas. Sólo queda una oscuridad incómoda que se debate entre carraspeos. El salón se inunda con el murmullo de los ansiosos. Ilya y tú se detienen. Suspiras.

La misma voz que los recibió se escucha en las bocinas.

«Recuerden. Todo es un engaño. *Just after fear* es un montaje diseñado para sublimar sus emociones. No es necesario que lo confiesen. Tenemos muchas de ellas grabadas en video. Hubo llanto, dolor, impotencia…»

Conforme la voz habla, en las pantallas se va viendo a algunas de las personas en su recorrido por la galería. En efecto, hay quien llora, quien grita, quien aprieta los puños. La tensión se siente aumentar hasta que se ve a un hombre, obeso, golpeando una de las paredes. De inmediato se escucha una risa. Es tímida pero basta para propagar el contagio. Varios ríen. Ustedes no lo hacen. Te relajas un poco

pero nada más. Ilya tampoco se ve contenta. Su perfil iluminado por luces blancas.

La proyección se suspende.

«Es probable, incluso, que el sentimiento predominante haya sido el enojo. Todos son comprensibles. Es una cualidad del ser humano empatizar con sus semejantes. Sobre todo, cuando están en situaciones límite. Por eso el sufrimiento que se fue empozando en sus ánimos; porque la empatía puede más que cualquier discurso. Si acaso, lo raro habría sido que alguien disfrutara con lo que estaba viendo…»

Dejas de escuchar. Ya no te interesa lo que la voz dice. Sientes el sudor en tus manos y, con ese pretexto, sueltas la mano de Ilya. Ella parece estar disfrutando mucho con lo que ve. Pensándolo así, eso es bastante extraño. Sólo un sádico, un sicópata, quizá alguien a quien no le interesa el dolor ajeno. Te estremeces y buscas soluciones. Vuelves a concentrarte en la voz que pretende adoctrinarlos.

«… por eso esto es una experiencia única. Por eso tenemos una petición que hacerles: para que esta exposición siga funcionando, requerimos que no la comenten con nadie que no la haya visto. No sólo podrían echar por tierra todo el trabajo que se ha puesto en marcha para lograr lo que acaban de ver. También estropearían una experiencia estética incomparable y sus amigos y conocidos no lo merecen. A cambio de su silencio, dos regalos…»

La enorme pantalla circular vuelve a iluminarse. Se ve cómo se preparó una de las tomas, la de los miembros amputados. Es un montaje sencillo. En realidad, sabían bien que el sujeto no había sido amputado. Lo molesto era el movimiento de la catana y, por supuesto, la cara de dolor que mostraba un instante después. Todo era producto de un enorme trabajo de edición. Un suspiro de alivio multitudinario se escucha cuando las luces se encienden y el actor, el mismo hombre que consideraban sin manos ni pies aparece frente a ustedes.

La ovación es larga, violenta. Te descubres aplaudiendo con entusiasmo. Sólo cuando los aplausos remiten volteas hacia Ilya. Sigue seria. Peor, decepcionada. Se muerde el labio. Como si el alivio general le significara un lastre a sus expectativas.

«Todo es un engaño, no lo olviden. La realidad depende de cada una de nuestras conciencias, de lo que queremos creer. Ahora que ya lo saben, les regalamos la última pieza de nuestra exposición. Sin duda la verán con nuevos ojos.»

Percibes una leve sonrisa en la boca de Ilya.

Las luces se apagan.

10

La toma debió ser hecha por múltiples cámaras para crear el efecto envolvente. La imagen se desplaza, va avanzando como si fueran ustedes mismos, su punto de vista. De pronto, una callejuela. Los adoquines tienen resabios violáceos; el sol está cerca del crepúsculo. Son altas las paredes que franquean el camino. El primer sonido es el golpeteo de varios pares de tacones contra los adoquines. La cámara se detiene y pronto se ve la espalda de algunos hombres. Van apareciendo también por los lados. Ya no sabes si la perspectiva es la de las paredes, de los adoquines o la de ustedes. Son tres, van escoltando a otro hombre más. Va atado de las manos, la cabeza cubierta por un capuchón.

Un ligero estremecimiento te conmueve cuando atisbas algo familiar pero lo dejas ir. La secuencia es impecable. Parece que todos son testigos mudos de lo que está sucediendo. Al fondo de la calleja, un patio, rodeado por completo por construcciones altas. En alguna de las paredes se alcanza a ver un par de ventanas, cerradas. Sólo eso: una rotonda privada para la ignominia.

Dejan al hombre a unos metros de la pared del fondo. El punto de vista cambia para mostrar lo que él vería si no fuera por el capuchón. La tela es basta, casi rala. Te preguntas si el objetivo de cubrirlo es más impedirles ver su identidad que negarle la percepción. Da igual. El caso es que ustedes miran como si fueran él, sin impedimento alguno. Ven a los tres hombres acomodarse unos pasos al frente; una cuarta silueta se alcanza a percibir en el límite de la toma. Volteas a las otras pantallas pero es inútil, la sombra se ha escondido. El movimiento continúa. Ves a los hombres sacar sendas pistolas de sus sobaqueras y comprendes que se trata de un fusilamiento.

Una ahogada interjección se asienta en el aliento de los presentes. El efecto empático se produce. Sólo que hay diferencias. Como han descubierto la trampa, como se les ha informado del ardid, cambian de identidad conforme lo hace la toma. Primero se abre para mostrarles cómo el prisionero no tiembla. Su tranquilidad tiene algo de determinista. Algo en su orgullo, en su dignidad también actuada, les impide tomar partido por él. Para ser víctima se debe generar compasión; los fuertes no merecen empatía. Por eso se emocionan cuando la perspectiva cambia y ya están sobre los hombros de los tiradores.

No ha habido juicio, no saben de qué se le acusa, si es culpable o inocente. Ignoran, incluso, si se trata de un ajusticiamiento, de criminales que gustan de recrear escenas de otras épocas, del castigo justo por lo que el hombre hizo. Lo ven de frente, apoyando la mirada en uno de los brazos que sostiene una de las armas. Éste sí tiembla. Gana la empatía inmediata; el tirador se vuelve el protagonista, la razón le asiste. Más cuando son ustedes quienes intentan contener la respiración para que la pistola no se mueva ni oscile mientras apuntan. Al pecho. Justo sobre la bolsa de la camisa.

El tiempo se congela. No se escucha nada. Pasan varios segundos. De pronto, el eco de una voz y el bramido de tres balas siendo percutidas ahogan los murmullos. Se ubican tras uno de los proyectiles, absortos. Alcanzas a girar la cabeza sólo para ver que, a tu izquierda, otra bala va acompañando la trayectoria. Volteas sólo para confirmar: una bala más busca converger desde la izquierda. El trabajo de cámaras es impresionante. No sabes cómo habrán conseguido el prodigio técnico de hacer chocar a dos de los proyectiles un momento antes de penetrar en la carne. Los fragmentos y la bala restante se abren paso sin obstáculos.

El hombre cae hacia atrás. El impacto de los balazos es tal que su cuerpo vuela y su cabeza choca contra la pared. Luego resbala, enrollando la tela que cubre su rostro. Cuando llega al suelo está descubierto en su totalidad.

Silencio.

Todos callan.

La muerte pesa demasiado.

Cuando comienzan a aplaudir ya estás en la puerta, iniciando una carrera que sea capaz de convencerte de que la ficción es tal pero no crees que sea posible. Ese hombre era tu padre.

Cuarta parte:
El color de sus ojos

1

Covent Peak es relojero. No de los que se dedican a reparar sino de los que inventan. Entre ambos existe otra categoría: los armadores. Son mucho más cercanos a los primeros. También están los diseñadores, quienes tienden al límite opuesto. En términos generales, todos saben cómo funcionan los relojes. Sólo que unos concentran la habilidad de sus dedos al limitado arte de sustituir piezas o, con suerte, a fabricar algún remplazo; otros desafían la rutina ensamblando a partir de una tabla de instrucciones, son los verdaderos artesanos y, entre ellos, también hay categorías: no es lo mismo sólo ensamblar que tallar los metales, por ejemplo. Los más populares son los que reciben los mecanismos de sus inventores y los manipulan hasta crear un reloj deseable por cualquiera. Su fama suele nombrar algunas de las piezas. El verdadero artista detrás de todo es, sin embargo, quien un buen día da con la solución a un problema añejo o una mejora a lo que parecía perfecto.

El padre de Alistair es de ésos.

O de todos, en realidad. No se puede llegar con una innovación tremenda sin haber pasado por los dos primeros niveles. Al tercero se llega de manera tangencial. Muchos de los grandes pioneros del oficio desprecian el trabajo de los diseñadores. La verdad oculta es que se tienen grandes ideas y capacidades técnicas pero poca vocación estética. Su desprecio no es sino velada impotencia. A fin de cuentas, los grandes genios son los que consiguen el prodigio de sumarle belleza a lo mecánico. Su padre también es de ésos.

Algunas noches, las más aciagas, Covent se pregunta de qué sirve encapsular al tiempo y atarlo a una muñeca. No comparte esa duda existencial con su familia.

Alistair ha estado orgulloso de su padre durante muchos

años.

2

Al filo de ciertas tardes, cuando la penumbra desciende por completo, Covent le ha desvelado los secretos de la relojería a su hijo. Gran parte de los recuerdos de infancia de Alistair están ligados a esas lecciones esporádicas, impacientes, porque sus dedos tienen la torpeza de la niñez y apenas puede asir las piezas diminutas. De cualquier modo, Covent le dice que las tome, que sienta su peso y textura. Pasarán años antes de que pueda distinguir la diferencia entre el metal pulido a mano o con un esmeril eléctrico.

Alistair regresa una hora más tarde que de costumbre a casa. La preocupación de su madre es genuina. A esa edad no debería entretenerse en las calles. El regaño no llega porque la expresión de su hijo está cargada de ira. Le explica, mientras la rabia se transforma en gruesos lagrimones, cómo la maestra lo acusó injustamente. Es cierto, la calculadora de su compañera la encontraron en su propia mochila pero él no la había metido ahí. Alguien más la tomó, primero, y luego la escondió en la mochila ajena, al enterarse de que buscarían hasta encontrarla. Cuando Alistair vio la caja de plástico grisácea entre sus propios cuadernos la sacó con incredulidad. Estaba a punto de alzar la voz para acusar a un anónimo de la siembra cuando una voz delatora estalló a sus espaldas:

¡La tiene Ali, miss, la tiene Ali!

El resto de la mañana siguió su curso natural después de que devolvió la calculadora sin que la maestra le permitiera defensa alguna. A la hora de la salida de poco valieron sus palabras. El regaño llegó contundente junto con el castigo. Como era la primera falta sólo tendría que quedarse una hora más toda la semana, resolviendo mecanizaciones tediosas. Alistair extendió las cuatro hojas a la maestra que las tomó sin ganas.

Yo no la tomé. Dijo camino a la puerta.

De todas formas te quedan otros cuatro días. Alistair aguantó las lágrimas hasta llegar a casa mientras la voz de la maestra reverberaba en sus odios.

El sabor de la injusticia se le ha ido disipando durante la tarde. Tras la cena, Covent le dice que quiere mostrarle algo. Un disparo de adrenalina lo hace ponerse a la defensiva. Supone un regaño que le vuelve a provocar rabia. No es así. Su padre lo lleva hasta su mesa inclinada. Ahí, al lado de su banco, su madre ha dispuesto otro para él. A lo largo de toda la semana descubrirá el secreto escondido en el mecanismo que permite que sesenta segundos apenas consigan mover el minutero 6 grados del mismo modo que sesenta minutos moverán la manecilla horaria cinco veces más. Un proceso capaz de reproducirse mientras haya quien lo impulse, encapsulado en su prisión circular. Bastan pequeños pernos, un áncora y tres engranes para crear la ilusión de eternidad.

El llanto se hace presente de nueva cuenta. Alistair llora por desprecio. El crudo sentimiento exacerbado por el inicio de la adolescencia y las primeras fiestas. Llegaba a ellas sabiendo que existían dos alternativas. Refugiarse en el grupo de los infelices que se harían pasar por insensibles o atreverse a dar el paso para invitarla a bailar. La tercera opción era inviable: él no era de los galanes del grupo, derrochadores de seguridad a quienes les bastaba ser para obtener beneficios. Así que lo arriesgó todo y la negativa lo desarmó. Tanto, que salió de la fiesta arrastrando la dignidad que le quedaba.

El consuelo corre a cargo de su madre que elabora un discurso plagado de lugares comunes y una límpida visión de su futuro. La respuesta llega junto con su padre quien, ese mismo día, le revela los secretos del movimiento. Una cuerda la puede hacer cualquiera, sólo es cosa de ajustar el mecanismo. De las pilas mejor no hablamos, terminarán sepultando a la relojería. La maravilla se asienta en la idea del movimiento perpetuo, de los relojes alimentados por la cinética de quien los porta. Hacer relojes automáticos es el epítome de la relojería.

Alistair difumina la negativa conforme se acerca a conceptos extraños: escape, *tourbillon*, balance, reserva de

marcha…; más cuando escucha por primera vez problemas complejos: ¿cómo garantizar que el movimiento sea homogéneo si las personas nos movemos de manera irregular? Por muy bueno que sea el mecanismo, por muchos avances que haya habido en el último siglo, seguimos muy lejos de la perfección.

Alistair sueña con un mecanismo capaz de englobarlo todo.

Covent Peak lo manda llamar para decirle que, a partir de ese día, puede hacer uso de todo lo que hay sobre su propia mesa. Es el momento en el que deberá aprender solo. Para entender a un mecanismo es necesario hacerlo con las ideas que uno mismo genera. De otro modo, el aprendizaje se quedará reducido a la aplicación de las ideas del otro. Es así como Alistair desmonta una y otra vez un cronómetro y un cronógrafo, maravillado por la posibilidad de que un montón de piezas mecánicas sean capaces de algo tan humano como la memoria. Conforme pasan los meses las complicaciones van en aumento. El pasmo es casi absoluto frente a un calendario perpetuo a cuatro siglos.

Alistair descubre que el asombro puede heredarse pero las capacidades no. Se reconoce limitado y asiente. De cualquier modo, arma un par de relojes sencillos: para su padre y para él. Ya será Covent quien se encargue de construir los imposibles. Eso sí, a partir de ese día su padre no llevará en la muñeca otro reloj que no sea el armado por Alistair.

3

Hay obsesiones cuya impronta es física. Es posible identificar el momento justo en el que arriban. Hasta se puede trazar el recorrido exacto que las ha llevado hasta esa persona. Da igual la templanza o la fortaleza de su carácter. Se sabe que la única forma para desaparecerlas es obedecer a sus mandatos hasta el final aunque éste se encuentre más allá de nosotros mismos.

Es verano. La madre de Alistair tiene los ojos de un verde diluido, casi amarillento. Él se entretiene viendo cómo cambia su tonalidad conforme a su estado anímico.

Es verano y hace calor. Covent lleva días ignorando la súplica colgada en los ojos de su mujer. El color se aleja cada vez más del absoluto. Una idea lucha por nacer. Es verano y un relámpago anticipa la lluvia.

Alistair y su madre se levantan prestos para cerrar las ventanas; ahuyentando a la ridícula tragedia que significa el piso mojado, las cortinas. El bochorno inundará la casa pero no el agua. El padre se queda sentado a la mesa, los codos sobre ella. Un tono de reproche se desliza junto con un suspiro de su esposa. Alistair supone que, en cuanto vuelvan a la sala, ellos discutirán. Por eso se queda arriba, en su recámara. Puede perderse por horas contemplando el azaroso recorrido de las gotas mientras imagina que, por la mañana, finalmente declarará sus sentimientos a la más bella de sus compañeras. Más aún, ella lo aceptará gustosa porque él también ha sido el deseo de ella, en la coincidencia feliz que permiten las fantasías.

Cuando uno se ilusiona en torno del amor el tiempo se suspende. Es como nadar bajo el agua y olvidar al mundo exterior. No se sabe cuánto tiempo fija su mirada en el rostro formado por las gotas. El caso es que, de pronto, el embeleso

termina junto con sus predicciones respecto a qué gota será la que más rápido llegue al bastidor de metal. Saca la cabeza del agua para mirar en torno. No es un ruido ni la discusión esperada. Justo lo opuesto. El silencio suele ser el más significativo de los argumentos.

Baja para encontrarse con la más verde de sus miradas: oscura, sólida, casi tangible. Aquélla que su madre sólo les regala cuando es plenamente feliz. Aquélla con la que preferirá recordarla siempre. Va dirigida a Covent quien, febril, dibuja una y otra vez bocetos y más bocetos. Cuando llegan, las ideas deben atraparse pronto so riesgo de perderlas. Justo contra eso lucha su padre y lo hace con todo el empeño, sin dar tregua, sin rendirse. Alistair sabe que era eso, precisamente eso, lo que enamora a su madre: el hombre combatiente que es capaz de dar el alma a cambio de una idea.

Es la más alta lección de relojería que aprenderá jamás.

Supone que mientras entretiene su insomnio, asombrándose por los dibujos, sus padres agotan las pocas energías que les restan en su habitación; ya no es tan pequeño ni tan ingenuo como para no saberlo. Tampoco le molesta, embebido como está con los trazos. Se da cuenta de que, si consigue dar el paso del papel a un mecanismo funcional, Covent inscribirá su nombre en la historia de la relojería. Sonríe con cierta pena, preguntándose si será merecedor de una mirada como la que su madre le prodigó a su padre.

Algún día, tal vez.

4

Durante muchos años Covent Peak ha trabajado en Wristing Wand, un juego de palabras intraducible que todos aparentan entender. La empresa se dedica a fabricar relojes simples de manecillas. Apenas con lo básico para que se consideren dignos: automáticos, con fechador. Los más avanzados incluyen un cronógrafo. Nada más. Se venden a un precio alto pero insignificante comparado con los de las grandes firmas pese a tener una calidad similar. Se han vuelto el símbolo del estatus de las clases medias y eso basta para mantenerlos con ganancias sustantivas.

A Covent le interesa poco el asunto. De hecho, casi nada justifica su trabajo en ese lugar a los ojos de los directivos del consorcio que ha comprado la pequeña fábrica familiar. Si sigue ahí es porque uno de los socios fundadores, el señor Bou, ha reservado un pequeño paquete de acciones para cubrir sus excentricidades. El padre de Alistair es la mayor de ellas. Está contratado para inventar y diseñar mecanismos, calibres y relojes con el más alto grado de complicación posible.

Es sencillo describir sus jornadas laborales. Las alterna entre la inmovilidad pétrea de quien piensa y la dinámica compulsiva de quien crea. Caminar despeja su mente, le provee de nuevas ideas. El trabajo en la mesa le ofrece nuevos problemas. Aparte queda la espera. Trabaja con piezas que no superan el milímetro de radio y las grandes zancadas con las que recorre el exterior de la fábrica. Una actividad le lleva a la otra. Cada tanto se traba y no hay otra alternativa más allá de ver cómo su semblante se ensombrece al compás de los cambios de luz sobre su mesa de trabajo.

Alistair recuerda tardes difíciles en las que se puede adivinar el ánimo de su padre desde que dobla la esquina: el

sombrero calado a la fuerza, las manos en los bolsillos y un balbuceo amorfo sustituyendo las palabras. Si el periodo yermo se prolongaba demasiado, la desesperación lo aprisionaba. Era incapaz de quedarse quieto, se le notaba a disgusto consigo mismo, con su entorno. Bastan pequeñas crispaciones en el ánimo para echar por tierra todo lo que nos es valioso. Y Covent tiene mucho por qué estar agradecido. No sólo el trabajo de sus sueños sino una familia que lo quiere, buena casa y respeto. Aun así, refunfuña cuando las ideas no son suficientes para resolver problemas que él mismo se plantea.

Ahora las circunstancias son diferentes: el problema viene de afuera. Le acaban de avisar que la fábrica cerrará a fines de mes y no hay nada que pueda hacerse.

Covent Peak no sabe lo que hará porque él sólo sabe hacer relojes.

5

Luego, días más tarde, el colapso. Hartos de un gobierno opresivo y corrupto, los miembros de varias agrupaciones civiles declararon un golpe de estado pacífico. Los políticos debían dejar sus cargos y convocar a elecciones ciudadanas. Pocos los tomaron en serio, Covent Peak entre ellos. La falta de trabajo también tiene contribuciones ideológicas. Así que se sumó a una causa abstracta que ya casi cumple tres años sin mayores consecuencias. Al menos no en el ámbito político. Si acaso, la ausencia de su padre es la mejor forma en que Alistair podría describir ese periodo.

Sus visitas se fueron espaciando aunque en todas llegaba con dinero suficiente para los gastos de la casa. También perdieron regularidad. Anticipar su arribo era una lotería ingrata; más si se le cargaba de expectativas. Alistair se preguntó si aún conservarían el entusiasmo cuando sucediera algo extraordinario o se tendría que conformar con hacer un recuento de las novedades como causas cotidianas.

Además, cuando llega con algo de tiempo disponible, Covent lo ocupa en elaborar complicadas teorías políticas. Si el movimiento no había conseguido lo propuesto se debía a la falta de apoyo de las grandes empresas e instituciones no gubernamentales. Era sencillo negarse a pagar impuestos o destinarlos a un fondo común entre el grupo de protestantes. El problema es que esa evasión implicaba que se volvieran inadaptados dentro de la economía de mercado. Daba igual que fueran muchos y que tuvieran razón. Si no los contrataban por negarse a inscribirse en un régimen fiscal determinado la subsistencia del movimiento era milagrosa.

Pero había esperanzas. A fuerza de mostrar sus razones y de la decadencia del país, varios grupos empresariales habían aceptado unirse a la causa. Si conseguían que un banco se

sumara a ellos estarían del otro lado. Covent Peak estaba seguro de que así sería; él mismo hablaría con los dueños, como en los viejos tiempos.

Alistair ignoró la referencia. Al igual que a su padre, le bastaba imaginar el comportamiento social en términos mecánicos. El gran engranaje estaba a punto; sólo le faltaba una cuerda que le diera el impulso necesario. O un motor de pilas, suspira, cualquier cosa es buena con tal de echarlo a andar.

6

Alistair llega a casa con la emoción disfrazada de noticia: su nombre aparece en las listas de alumnos aceptados en la universidad. Su madre se contagia de inmediato y entra en un estado de excitación febril. Como si estuviera por entrar a preescolar, habla de los útiles necesarios y, por supuesto, algo de ropa. Busca, una y otra vez, el nombre de su vástago en el interminable listado: a fuerza de refrendarla, su certeza la vuelve más y más feliz. El verde de sus ojos se torna sólido, casi acaramelado.

Las buenas noticias van perdiendo su empuje conforme nos acostumbramos a ellas. Es lo normal y está bien. De lo contrario, se perdería el contraste y no sólo se volverían absolutas sino perennes. Alistair merece que la buena nueva viva su propio proceso de extinción hasta volverse lo cotidiano. Nadie se alegra por haber sido aceptado en la universidad cuando va en sexto semestre. Si acaso, habrá dicha colateral, sólo eso. Alistair prepara el café con indulgencia sin saber qué es mejor: si haber sido aceptado o la felicidad de su madre. Le sirve una taza dudando, no vaya a ser que la cafeína la altere de más.

Supone, deseándolo mucho, que su padre volverá pronto. Ya se ha acostumbrado a esas largas ausencias aunque nunca le ha quedado claro el papel que desempeña en la insurgencia. Las imágenes aún palpitan tras los párpados. La tarde es un reverbero intenso. Alistair entretiene el tedio trazando hasta el hartazgo los engranes de una maquinaria imposible. Se concentra en las sombras, tal como le había enseñado su padre: en el dibujo la profundidad depende de la textura.

Acierta hacia la noche. Covent Peak es una ráfaga ambivalente. El sudor corre por los costados de su sombrero.

No da tiempo para nuevas noticias porque trae una más importante: la causa ha triunfado. El gobierno, por fin, declinó ante su evidente incapacidad de gobernar. Un nuevo paradigma está a punto de revelarse.

Camina hasta su recámara seguido por su esposa. Le pide a Alistair que espere unos minutos. Se vuelven eternos en el disco de un viejo reloj de péndulo. Alistair guarda la esperanza de que su madre no le diga nada, prefiere ser el portador de la buena nueva.

Primero sale Covent, con prisa y una pequeña maleta. Su rostro sigue reflejando cierta excitación pero algo tiene de embeleco. Varios pasos atrás viene su madre. Es de nuevo un adulto, sin las mediaciones del entusiasmo. Sus ojos tienen el color de las tormentas. Cuando Covent pasa al lado de su hijo se detiene, lo mira a la cara y lo besa. Alistair siente el tenue rasguño de la barba sin afeitar y eso lo distrae de algo mucho más evidente: su padre nunca lo despide de beso. Cuando cae en la cuenta de ello, Covent es un fantasma que huye bajo la lluvia mientras su madre prepara la cena para distraer el trance.

A la mañana siguiente, Alistair se enterará de que varios servicios públicos no esenciales han sido suspendidos indefinidamente. La universidad, por supuesto, es uno de ellos.

7

El llanto es la única muestra visible que niega a la resignación.

Nada más pueden hacer.

Lloran día y noche. A ratos. Con el aliento entrecortado. Juntos, con las manos entrelazadas, en un abrazo trémulo. Separados, negando la idea de un futuro sin el otro.

Lloran cada vez menos. La esperanza se disuelve en un caudal que escasea. Las lágrimas no alcanzan para tanto. El diagnóstico ha sido lapidario: apenas unas semanas. Suficientes para desecar el ánimo.

Alistair se sienta en el borde de la cama de su madre. Enjuga su frente. Siente cómo el pulso se le va escapando. No puede o no quiere creer que es así como termina la vida.

Su padre sigue desaparecido. Ajeno al drama familiar. Al dolor de una madre que no quiere dejar a su hijo desamparado. Al dolor de un hijo que sabe que el futuro será en solitario. Es en estas situaciones en las que se gesta el odio. Al menos un rencor profundo que no sabe de perdones. Será mejor que ya no vuelva, concluye cuando la mano de su madre presiona con más fuerza la suya. Al menos este último momento sólo les pertenece a ellos dos. Covent Peak se ha convertido en un intruso no bienvenido.

Algún día escucharás cosas sobre tu padre. Su madre rompe el ensalmo. El aliento apenas le alcanza para continuar. Puedes creerlas o no. Algunas serán ciertas. El hilo de voz se desvanece. Lo importante es que sepas que nos amó con locura.

Se interrumpe en medio de una tos desangelada. La calma va apoderándose de ella como un sueño cansino.

Ella abre los ojos. Un destello los inunda. Breve, platinado sobre el fondo olivo. Le sonríe a su hijo. Alistair le

corresponde tendiéndose a su lado. Las sábanas están empapadas de sudor. Un parpadeo, otro más. El verde se diluye entre ellos.

Alistair abraza una mortaja.

Un llanto nuevo renace de sus ojos yermos.

8

Con la libertad llegan nuevas repeticiones aunque Alistair no está de ánimo para reconocerlo. Aníbal les ha pedido, desde hace un par de semanas, que dibujen lo que quieran. Se nota que algo ha mermado su capacidad de pasión. Si su falta de brazo no había sido suficiente para disminuir sus discursos, algo terminó por sumirlo en una acedia paulatina. Ya no grita ni exhibe su muñón frente a las caras de sus alumnos. Si acaso, se limita a asentir cuando alguno de ellos llama su atención para mostrarle un cuadro terminado.

A la salida de las clases varios se han quejado por este nuevo periodo, convencidos como estaban que el método de Aníbal tenía alguna utilidad. Alistair no ha sido de ellos. Para él la pausa ha significado mejores cosas. Ha tomado decenas de cafés acompañado por Ilya con quien lo va uniendo una empatía que se acerca más a la amistad que al romance. No importa, Alistair supone que el amor que le llega a los amigos es más intenso y duradero. Además, ella no ignora sus intenciones, aunque consigue evadirlo cuando se trata de hablar sobre el futuro compartido.

Alistair toma un carboncillo. Espera a que su mano asuma el peso exacto. Con un trazo firme dibuja el contorno de la cara. Lo ha practicado muchas veces pero nunca queda satisfecho. Él sabe que no es un retratista pero debería poder. La curva se desvanece a la altura del cuello, largo, pronunciado. El trazo de las cejas es preciso. Debajo de ellas comienza el problema. No puede decidirse entre los ojos entornados con los que Ilya parece ver al mundo, los alegres que se abren pletóricos junto con su carcajada, los melancólicos que deposita sobre la taza de café o los serios que lo miran instándolo a decirle que la ama y acobardándolo al mismo tiempo. Opta por la mirada concentrada que imita

la que ella misma posa justo ahora sobre su lienzo a varios metros de distancia. La nariz es un remanso, la boca su armonía. Incluso esos mechones que se posan sobre su cara encuentran el justo acomodo sobre el lienzo.

El nuevo problema son las sombras. Con ellas debe encontrar la profundidad exacta, delinear las curvas, convertir su trazo en caricia. La textura es imposible. La luz es una mancha cuando debería ser potencia. Imposible capturarla de nueva cuenta. Toma el lienzo y lo aprisiona junto a medio centenar casi idéntico en sus frustraciones. No siempre la repetición deviene en maestría.

Camina hasta donde ella inunda su cuadro de color. Si fuera objetivo concluiría que poco vale esa pintura pero, por un momento, siente envidia. Una envidia que se disipa casi de inmediato. Le dice que la esperará afuera. Sale sin contestar al breve gesto que Aníbal le ofrece. Se recarga en el portón y enciende un cigarro. Contempla la incandescencia de la tarde. A lo lejos, una silueta se define mientras se aproxima. Algo tiene de familiar pero Alistair no alcanza a concretarlo. Llega hasta él con grandes trancos.

¿Alistair? ¿Alistair Peak? La voz tiene el tono de las infidencias.

Asiente liberando una enorme voluta de humo.

El extraño se despoja de su sombrero, lo pega a su pecho y agacha un poco la cabeza.

Me han enviado a decirle que su padre ha muerto. Es casi un susurro que tiene algo de congoja y otro tanto de culpa.

Alistair lo mira con fijeza. Una mueca se ha dibujado con precisa molestia. Hay tantas preguntas por hacer y sólo se le ocurre una:

¿Por qué hablas con ese tono?

El sujeto lo mira con condescendencia antes de responder.

Lo siento.

Un segundo más tarde sus zancadas lo han alejado lo suficiente. Alistair descubre que su cigarro se ha apagado. Saca otro. Le resulta imposible encenderlo. Sus manos tiemblan y no sabe si es coraje, arrepentimiento o la súbita certeza de su soledad. Una llama antecede a la mano de Ilya. Da hondas caladas antes de hablar.

Mi padre ha muerto. Revela antes de emprender una huida

de cualquier parte.

Ella lo deja dar varios pasos antes de seguirlo.

9

Una bocanada le inunda los pulmones. Tiene el sabor de la enfermedad cuando está a punto de remitir y busca aferrarse a ella aunque sea por medio del gusto.

Alistair duda en la vorágine del eco agudo de sus pensamientos. Algo no está bien, intuye, para de inmediato comprobarlo. Su casa tiene el imborrable lastre de las que han sido allanadas. Reduce su velocidad hasta volverse él mismo sospechoso. No puede apartar la vista de la fachada, las ventanas del piso superior ligeramente entreabiertas salvo una, la del baño. La puerta cerrada y la sombra de la noche recortándola en su misma penumbra. Gris sobre marengo; marengo sobre negro.

Nada fuera de lo común salvo una ligera intuición. Algo no está bien, se repite cuando por fin se ha detenido en la acera opuesta a varios metros de distancia, agazapado bajo una sombra más. A primera vista no se perciben los detalles pero a Alistair le queda claro que alguien ha estado ahí. Quizá entrar a la casa haya sido muy sencillo y la falta de huellas sólo se deba a que nunca se generaron.

Detiene el movimiento con el que busca un cigarro en las bolsas de su gabardina. No es buena idea fumar ahora, concluye. ¿Qué hacer? ¿Alguna vez se han preguntado lo que harían si, al acercarse a casa una tibia noche estival, la encontraran abierta, con muestras claras de haber sido perpetrada? No es el caso. Al menos no por completo. La puerta está cerrada. Sólo está la sospecha. El parpadeo de un foco del segundo piso. La ventana cerrada del baño.

Alistair asiente. Sabe que son pocas las opciones. Llamar a la policía no es una de ellas y no se le ocurre a quién pedirle ayuda. Todo se reduce entonces. ¿Entrar o no entrar? Suponer que los perpetradores ya se han ido o arriesgarse a

encontrarlos en plena faena. Enfrentarlos tampoco es una posibilidad, conoce sus limitaciones. La resignación le pesa sobre los hombros y disfraza con ella a su cobardía. Sin duda es mejor acostumbrarse a la idea del robo, dejarlos hacer, que tomen lo que quieran y se vayan. Ya volverá mañana. La luz del día suele disipar las escaladas en casa habitación, suspira mientras se aleja unos pasos. Tendrá que buscar dónde pasar la noche.

10

Alistair tarda tres días en volver a casa. En cuanto abre la puerta confirma sus sospechas. No levanta el florero resquebrajado ni se ocupa de los trastos hechos pedazos sobre la loseta de la cocina. Tampoco se preocupa por las rajaduras en los cojines de la sala: la borra lo inunda todo ahora que se ha liberado de su prisión de tela. Apenas intenta comprender qué fue lo sucedido. Se nota que no ha sido un robo. Al menos no uno cualquiera. Quien allanó su casa buscaba algo en concreto. Tal vez por eso la sorpresa no tarda en aparecer.

El estudio de Covent Peak ha perdido el orden de un pasado que suena muy lejano. Los cajones están abiertos y decenas de carpetas muestran sus contenidos esparcidos por doquier. Alistair respira profundo. Está a punto de abandonar todos esos recuerdos pero un diagrama lo detiene. Es un reloj como tantos otros que fueron trazados en esa habitación. La diferencia es que el trazo no es el de su padre. La sorpresa se consuma al descubrir más y más esbozos pertenecientes a una mano ajena, desconocida.

Alistair reconoce algunos de esos mecanismos. Muchos conservan la patente de su padre. Una sospecha se vuelve búsqueda febril. No tarda en encontrar otros tantos bosquejos, éstos hechos por su padre. Empareja los propios y los ajenos. Es fácil concluir que pertenecen a un mismo periodo. Pese a ser casi imposible identificar cuáles fueron hechos primero, la sospecha enquista sus cimientos en el ánimo de Alistair.

Ya no sólo le guarda un profundo rencor a su padre sino que está por perderle el respeto. No se detiene a pensar en que la duda puede estar más motivada por ese rencor que por las evidencias. Cuando se trata de creer, basta una insignificancia para asentar todo un credo.

Avienta con desdén los diagramas y sube unos cuantos

escalones. A la mitad de la escalera se detiene. Comprueba que los intrusos no se dieron cuenta del escondite secreto de su padre. Levanta la alfombra con trabajo. Mueve sistemáticamente la tabla superior del escalón hasta que se puede deshacer de ella. Desde que le fue revelado el secreto nunca lo había abierto en solitario. Tal vez no lo habría hecho de no haberse perpetrado el allanamiento. A la larga, uno debe agradecer a quienes tuvieron malas intenciones.

Adentro apenas hay unas cuantas cosas. La primera es el dibujo de ese mecanismo impresionante que tuvo ocasión de ver cuando la idea de familia era algo más que una abstracción. Lo segundo, una carta de Covent dirigida a su persona. No hay disculpas ni explicaciones. Apenas un par de datos: el reloj imposible existe; está en una caja de seguridad; la llave está en el sobre; las claves son fáciles de memorizar porque dependen de una historia en común. Lo tercero son los documentos que le informan que es el beneficiario de un fideicomiso de por vida. Aunque no es excesivo, Alistair bien podría no trabajar nunca más. Todo depende del nivel de gasto al que aspire.

Alistair se siente defraudado. Le da la impresión de que se quiso comprar su odio y su duelo. Corrobora la sospecha. No puede definir si su llanto obedece al coraje o a que la promesa de un futuro venturoso ha sido clausurada. Tan sencillo que hubiera sido que Covent no los abandonara, que no se uniera a esa ridícula causa. Tal vez su madre estaría viva. Tal vez todo sería como antes.

El cuarto objeto es una fotografía en blanco y negro. La madre de Alistair se la regaló a Covent unos meses después de iniciado su romance. Ella tendría que partir a unas largas vacaciones familiares. Se la dejaba en prenda para evitar el olvido o propiciar el deseo; vaya a saber qué sea más difícil. Alistair ignora por qué le dejó esa foto retocada. Quizá haya existido un guiño al entregar el papel impreso en varios tonos de gris o esté oculta cierta intención estética. Casi la totalidad del recuadro es ocupada por el rostro de su madre. Es en blanco y negro. Los ojos están justo en medio de la foto. La mira con impotencia. Es en blanco y negro. Un nuevo llanto amenaza con brotar. La devuelve al escondite. Cierra la casa y parte. Es en blanco y negro. Nunca más verá ese verde

absoluto que presagiaba la felicidad.

Quinta parte:
La retórica de las explicaciones

1

Caminas al bar de Flint más temprano que de costumbre, con la esperanza de encontrar un sitio donde seas bien recibido, sin que te acosen las culpas. Pero es temprano. De hecho, el día aún no amenaza con partir. Tal vez sea por eso que desvías tus pasos. Pronto estás frente a una sucursal bancaria, debatiéndote entre entrar o no. Sus amplios portones y sus columnas son tanto una invitación como un obstáculo. Entras.

Lo haces con calma, perdiéndote en el bullicio. Ahí se aloja una caja de seguridad a la que nunca habías querido ir. Te llaman la atención los techos altos, los mármoles, una arquitectura de otro tiempo. Te detienes al centro de un amplio vestíbulo. Eres parte del mobiliario. El único detenido en medio de la vorágine de quienes hacen sus transacciones. Observas con calma, sin saber a dónde dirigirte. Todos parecen representar un papel específico en medio de una comedia bufa a punto de reventar. Tal vez por eso no pasa más de un minuto antes de que se te acerque una empleada del banco. Eres un extraño en un mundo de movimiento. Tardas en recuperarte, en contestar a su amabilidad. Lo haces justo antes de que ella se preocupe, de que considere llamar a un guardia. Explicas que buscas las bóvedas. Ella duda, la sospecha se acrecienta. Muestras la llave y, de inmediato, su expresión se relaja.

Sigues su paso diligente. Su cuerpo es estrecho, contenido en un traje sastre que conoció mejores épocas pero que sigue delineando bien su figura. Te conduce hasta la zona de escritorios y te indica uno, vacío. Desaparece sin mediar palabra. Pierdes la vista en el ventanal, en el cartapacio que es la única muestra de que alguien usa ese escritorio. Todo es demasiado pulcro, inmaculado. También la sonrisa de quien

adivinas es el gerente. Su traje no ostenta tantas marcas de uso, los puños de su camisa están coronados por mancuernillas tejidas, apenas unos nudos, un pañuelo asoma de su bolsillo.

Te confiesas novato para no despertar suspicacias. Cuentas una historia familiar medio inventada y pides pasar a las bóvedas. El hombre asiente comprensivo, su solemnidad se ha vuelto diligencia, y te muestra unas formas que no sabes de dónde sacó. Te pide una identificación, un número memorizado y ver la llave. La inspecciona apenas unos segundos, con aire profesional. Comprobar la existencia de tu nombre en un listado que aparece en su monitor lo relaja. Hace un comentario insulso que agradeces con una sonrisa. Firmas antes de ponerte de pie para seguirlo. Pasan al lado de un par de sillones de cuero que nadie usa. Se les nota desgastados, eternos y, aun así, cómodos. Contienes el impulso por sentarte en ellos.

2

La bóveda es majestuosa. El piso deja escuchar los pasos sobre extrañas grecas; tal vez formen un dibujo que sólo puede ser visto desde arriba. En la pared del fondo hay una pesada puerta, con todo y el maneral para abrirla, casi como si formara parte de un cuadro escénico o una caricatura. El gerente se apoya apenas sobre una de sus salientes y éste gira varias veces.

Reprimes la tentación de pedirle te permita girarla una vez más. Te cede el paso, de nuevo la solemnidad se ha apoderado de sus actos. Dentro, otro par de sillones, una mesa de metal, las paredes cubiertas por pequeñas gavetas con dos cerraduras. Busca hasta encontrar una. Está casi al nivel del piso por lo que debes agacharte para introducir la llave. Él hace lo mismo y se libera el mecanismo. Saca un cajón alargado. Lo toma entre sus manos, con cuidado, y lo lleva hasta la mesa. Se aleja un par de pasos, te ofrece un café que rehúsas y te pide presionar un botón cuando hayas acabado para que reincorporen la caja a la pared. Asientes y das las gracias.

Los sillones no son tan cómodos como parecían. Esperas a que el gerente salga sólo para descubrir que tus manos tiemblan. Una historia agazapada aguarda a que la liberes.

3

Dentro de la caja, otra caja. Ésta de madera. Su textura es tersa, está pulida sin barnizar y no se perciben astillas. El tacto es suave, agradable. Propio de quienes saben que lo irán desgastando. Es un objeto que apenas soporta el mínimo contacto. De usarse diario, la huella de los dedos, su grasa, la suciedad acumulada, terminarían por macularla. El cubo es casi perfecto. Si acaso, una ligera hendidura en una de las esquinas, apenas un guiño para el ojo experto que sabe localizarlo.

Presionas la arista y escuchas el leve chasquido de un mecanismo interior escondido tras las paredes. Una de ellas se separa un poco. La haces descender sólo para caer en la cuenta de que, a diferencia de un cubo normal, éste no está formado por seis lienzos. Son muchos más. Por medio de un mecanismo ingenioso, lo que era caja se vuelve plataforma. Uno podría pensar en ese funcionamiento de no ser por el objeto que queda en medio: el reloj de tu padre.

A simple vista parece idéntico al que viste en los dibujos pero éste es un objeto, la concreción de esos trazos. Es necesario acercarse un poco para ver los detalles, el sutil labrado de la filigrana sobre la superficie, unas pequeñas muescas, la armoniosa talla. Entretenerse en la contemplación es fácil. Y eso que lo ves sólo por fuera, sin detenerte a pensar en el prodigio que se esconde en su interior, en un mecanismo más sofisticado que cualquier otro.

Lo tomas con una mano sólo para oscurecer con tus huellas su platinada superficie. El peso es considerable, al menos si lo comparas con lo imaginado. Adentro de esa esfera están contenidos todos los secretos de la relojería. Un ligero tic tac se escucha, el mecanismo ha sido activado por el movimiento. Giras con firmeza para dividir en dos la esfera. Un par de

carátulas te contemplan. Manecillas horarias, minuteros, indicadores de segundos inician su coreografía pactada. El cronógrafo espera la presión de alguno de tus dedos. El calendario está detenido en la fecha justa de la muerte de tu madre. A Covent le dio tiempo para escribir su epitafio.

No sabes si la lágrima que te escurre es por el recuerdo o porque no hay forma de detener el movimiento. Nunca más será esa hora en ese día. La reserva de marcha se va llenando conforme el reloj está entre tus manos. Ajustas el calendario a la fecha de hoy: no has venido a llorar esa muerte de nueva cuenta. Los ojos empañados te impiden concentrarte en nuevos detalles, en la luminosidad, en ese pequeño martillo que pega contra la caja, en el *tourbillon* esférico que se muestra con timidez tras las transparencias del cristal.

Es una lástima que nadie use este reloj. Antes de meterlo a su caja te arrepientes. No puedes resignarte a la idea de que se detenga. Por eso cometes la osadía de sacarlo de su refugio de madera y ponerlo sobre el metal de seguridad. Así al menos rodará un poco, se moverá cada tanto con la apertura de las otras gavetas.

Prometes volver pronto. Armas la caja de madera vacía y te la llevas en la mano. No sabes si la tristeza que se ha montado sobre tus hombros se deba a la grandeza de ese reloj o a la ausencia que vuelve a acecharte.

Sales.

4

La luz del exterior desmiembra tu pasmo. Caminas sin dejar que el paisaje te perciba, mimetizado como estás. Todos arrastran pasos lentos, arrostran el pesimismo con pausas. Cargas la caja de madera bajo el brazo. Las rendijas de tus párpados apenas distinguen siluetas sólo para dejarlas pasar. Aun así, una se vuelve una sombra creciente que te espabila. Es Lorie.

Se suma a tu marcha lenta, del lado contrario al de la caja, del mismo que la avenida por la que apenas circulan coches. Amagas con detenerte pero él cruza su brazo tras tu espalda y te empuja. Su brazo es fuerte. Comprendes sin dramatismos. Siguen caminando sin mediar palabra.

¿No entiendes, verdad? Algo en su tono ha cambiado. El primer servilismo, la advertencia, incluso la revelación se han venido abajo. Ahora priva la amenaza.

Te crispas sin dar respuesta. Si acaso, intentas caminar más lento. Como si esa prolongación bastara para salvarte de eso que ignoras pero intuyes; el peligro sintetizado en un brazo que pasa sobre tus hombros. Dan vuelta en un callejón. El piso está adoquinado. No se te ocurre cómo vencer la inercia, los pasos que te llevan hacia allá. Sabes que es mala idea adentrarte ahí con Lorie, a solas, pero continúas. Es una brizna cuyo perfume te hace necesitar la imagen de la planta entera. Llegan a una suerte de patio. No es grande. Casi redondo. Su única entrada es el camino por el que arribaron. Está rodeado por muros altos. Apenas unas cuantas ventanas.

Lorie se detiene. Lo imitas. Quedan de espaldas contra la pared del fondo.

Aquí es donde mataron a tu padre. Ella dio la orden. Su voz se pierde en la inmensidad de la noche que, por fin, ha caído.

Tardas en entender las palabras. Han sido dichas bajo el

agua, son apenas un balbuceo que cobra sentido poco a poco. No ha vuelto a abrir la boca pero su sonido se reproduce una y otra vez en un eco desquiciante. Son apenas dos frases y ninguna duda. Algo alrededor se suma a la verdad. Sientes el peso de la caja, de la ropa. Pronto estás de rodillas. Lorie toma la caja y camina varios pasos. Se da la vuelta. Saca su mano libre de la gabardina. Por unos segundos crees que es una pistola pero sólo es su mano con los dedos en escuadra.

Fue justo aquí. Dice antes de jalar el gatillo imaginario. Aunque éramos tres los tiradores. Ilya dio la orden. Vuelve a disparar.

Sopla de sus dedos el humo inexistente. Sientes las primeras lágrimas. El llanto sólo puede ser la consecuencia lógica de que has decidido creerle.

No fue la primera vez. Laskie se lo pedía con frecuencia. Ella era, digamos, su brazo ejecutor.

Se da la vuelta y comienza a alejarse. Aún lleva tu caja consigo. Tu llanto se carga de aspavientos. Tallas la mano contra el suelo. Algunos gránulos de tierra se impregnan en tus dedos.

Lorie se ha ido.

5

Pierdes las siguientes tardes intentando comprender: ¿Pudo ser Ilya la responsable de la muerte de tu padre o, al menos, la encargada de dar la orden al pelotón de fusilamiento? Es una pregunta que resulta persistente, demasiado. Sobre todo porque no tiene respuestas fáciles.

Como le dijiste a Lorie en su momento: de nada te servía saber quién había ordenado esa muerte. A tu padre ya lo habías perdido mucho antes, cuando decidió abandonarlos para pelear por una causa imposible. Las cosas cambian por completo si la respuesta es alguien conocido. Más aún: si es Ilya.

¿Cómo podría ser ella?

Tendría que haber elaborado un plan por demás astuto para engañarte y te rehúsas a aceptar que todo haya sido una simple simulación. Hacerlo haría desaparecer de golpe a la mujer de la que has estado enamorado desde hace tanto tiempo, la misma que no ha aparecido tras tu huida de la exposición. Hacerlo sería aceptar también que todos estos meses te has obstinado por volver tangible un mero espejismo. Y no sabes si estás dispuesto a hacerlo.

6

Lorie mira en torno en cuanto entra a la sala. Parece buscar certezas. Tal vez, víctima de su oficio, ha generado una suspicacia que no le permite estar en calma. Da algunos pasos, eligiendo el sitio más apropiado. Supones que aquél donde será más fácil defenderse en caso de cualquier ataque. Pone en una repisa del librero la caja de madera. Acusa maltrato, mugre.

Lo observas desde el quicio de la puerta. Una profusa tranquilidad se va empozando en tu ánimo. Entonces lo conviertes en personaje. No puedes sino dejarte cautivar por su mirada de soslayo, por la fuerza de sus pasos, por la seguridad que se suma ante cada nueva certeza. Elige un sofá de dos plazas. Se desabrocha la gabardina. Con un movimiento de hombros la desprende de su cuerpo. Su precisión es pasmosa. No ha pasado un segundo y ya la está doblando sobre sí misma. Otro más y ya reposa en el sofá, a su lado. No intenta ocultar el arma en la sobaquera, tampoco la del cinturón. Se reclina hacia atrás y aguarda.

Le alcanzas una copa de coñac, tomas una para ti y te sientas en el sillón de enfrente. Es individual, con descansa brazos, al lado de una mesa donde pones la copa tras un mínimo sorbo. La sala entera es un anacronismo. Los sillones deben tener varias décadas. Sus maderas están tan gastadas como los forros. Un enorme candelabro con cientos de minúsculas piezas de cristal cortado pende sobre ustedes. Está apagado. Sus focos se fundieron hace varios años. Cambiarlos es tan laborioso que preferiste comprar varias lámparas de pie. Modernas, con texturas metálicas y luces direccionales, sutiles. Así que habitan una penumbra vencida a medias. Tanto que es imposible ver el dibujo desgastado de las alfombras o la duela descascarillada por falta de

mantenimiento. El escritorio, en cambio, es casi tan moderno como la silla donde sueles sentarte frente a una computadora portátil. Los contrastes se acentúan con los pechos de paloma, la televisión digital, un cuadro que debió pintar alguno de tus ancestros.

Lorie termina el inventario con la mirada. Da un trago largo y te mira. Ambos conocen el motivo de esta reunión pero parece que ninguno está dispuesto a dar el primer paso. El silencio oscurece un poco más el ambiente. No tienes prisa. Aguardas remojando los labios con el licor. Lorie se golpea las piernas con las manos abiertas. Endereza la espalda, la inclina hacia delante, lanzando su cara hacia ti. Su presencia es tan fuerte que parece que la mesa de centro no está entre ustedes, marcando el territorio de cada uno.

Supongo que lo que quieres es que te lo cuente todo, ¿verdad? Su voz está recubierta por una capa de ironía que hasta ahora percibes.

Asientes sin mediar palabra.

Ya averigüé que no tienes la cantidad que te pedí por teléfono. Soy un hombre razonable. Sólo me pagarás si te sirve de algo lo que te cuente. ¿De acuerdo?

Vuelves a asentir con la cabeza. Lorie apura el vaso. Te levantas y llevas la botella hasta la mesa; es otra de las ruinas que habitan esta sala. Lorie se sirve antes de empezar a hablar. Tú, por supuesto, no lo interrumpes.

7

Si de encontrar similitudes se trata, tu vida y la de Lorie no han sido tan diferentes. Al menos no desde cierta perspectiva, la que evidencia que cuando las circunstancias no son favorables es imposible culpar a la persona, si acaso al destino.

Lorie se descubrió un día huérfano, con frío, hambre y nadie que pudiera ayudarlo. Las calles templaron su carácter y endurecieron su cuerpo. Los pasos siguientes fueron automáticos, sin tiempo para pensar en lo que hacía. Su primer muerto llegó sin querer, una tarde aciaga en que el hombre se resistió al asalto. Al menos no hubo ironía posible: su billetera estaba llena de dinero. Un remordimiento le recorrió la espalda y le quitó el sueño durante varias noches. Durante el insomnio veía la imagen distorsionada de sus padres negando con la cabeza, decepcionados por el camino que había tomado. Se libró de los fantasmas a fuerza de voluntad y una botella de licor barato. Gracias a ella fue capaz de confrontarlos. La culpa era de ellos por haberlo dejado solo. Los que se van no tienen derecho a reprocharle nada a quienes se quedan necesitándolos.

El segundo muerto fue por encargo. Aceptó el dinero de un contable desesperado. Lorie no quiso escuchar las razones pese a la verborrea de su contratante. Fue aprendiendo cómo, para lavar sus culpas, la gente buscaba complicidad en el asesino a sueldo. No hubo sutilezas de por medio. Tampoco mayores planes. Se limitó a subir por las escaleras de servicio de un edificio que aún conservaba el viejo lustre de la prosperidad. Tocó el timbre. Un sujeto canoso, con los lentes caídos casi hasta la punta de la nariz abrió la puerta. Lorie le dio dos balazos. Cayó de inmediato. El periódico que traía en la mano remontó el vuelo sólo para caer sobre la cara del

difunto. Lorie pudo conciliar el sueño sin pesadillas ni sobresaltos.

Le gustaba la vida que le había tocado. Si lo pensaba bien era un trabajo fácil que no le tomaba mucho tiempo. El resto de las semanas lo transitaba encerrado en un bar. Otra de las coincidencias. Ya sea porque se espera un siguiente encargo, ya porque poco se tiene que hacer por la propia vida, parece que los bares son buenos refugios donde dejar de pensar en el tiempo que sobra. Ahí habría seguido hasta que algo saliera mal, tuviera que huir o acabara muerto. No había problema: ninguna idea de futuro le propiciaba esperanzas y estaba seguro de que la suerte dura poco y hay que procurarla.

8

Lorie estaba sentado en la mesa del fondo del bar; uno muy parecido al de Flint, supones. Luego percibes la escena en tiempo real, como si sucediera frente a tus ojos.

Cuatro sujetos entran con estruendo. Tres van armados. El otro es apenas un lastre al que tiran de las axilas. El bar se vacía de inmediato. Sólo Lorie se queda donde estaba. No le gusta meterse en problemas ajenos. Si no se mueve es porque nadie se lo sugiere, porque su vaso está a medio camino, porque no tiene nada mejor que hacer. Durante unos segundos lo ignoran mientras sientan al sujeto a unas cuantas mesas de distancia y lo recargan contra la pared.

Es Laskie, aunque eso aún no lo sabe.

Parece inconsciente. La barbilla pegada contra el pecho, su respiración apenas es perceptible. Uno de los hombres se sienta a su lado, los otros van hacia la barra para tomar un vaso y dos botellas. Es en ese momento en que Laskie abre los ojos, apenas una rendija. Lorie percibe el destello oculto tras los párpados. Sonríe. De los hombres que fueron a la barra uno regresa hasta donde está el que, sin duda, es el jefe junto con su prisionero. El otro se acerca a Lorie. Se sienta en su mesa sin decir nada. Lorie le hace un gesto con la mano, ofreciéndole un trago que el otro acepta. Quien los viera podría creer que son viejos amigos, de los que no necesitan palabras para estar en paz. Así lo piensa Lorie, aceptando la amenaza callada y la complicidad requerida. Él no hará nada y lo dejarán estar.

El segundo hombre llena el vaso con el licor barato. El jefe le da un trago y lo escupe de inmediato, asintiendo. Su prosélito lo llena de nueva cuenta, hasta el borde y luego le prende fuego. Llamas con un tinte premonitorio iluminan el local. Ponen la veladora improvisada bajo la cara de Laskie.

Lorie se pregunta cuánto podría seguir simulando. Para su sorpresa no se inmuta. El hombre prueba el sifón contra la pared. Dispara con potencia. Luego todo se precipita.

Cuando Lorie ve que dirigen el flujo del sifón a través del licor ardiendo justo hacia la cara de Laskie sabe que el pacto es falso. De ninguna manera lo dejarán salir de ahí. Señala un bolsillo de su gabardina, indicando que busca un cigarro. Saca la cajetilla y le ofrece uno a su acompañante. Con calma, mete la mano a otra de las bolsas con el pretexto del encendedor. Es cuando una enorme llamarada sale del lanzallamas improvisado.

El fuego tiene la virtud de lo hipnótico. Sustraerse de su encanto no es cosa fácil. Por eso el hombre que acompaña a Lorie no sabe en qué momento la navaja corta su cuello. Los otros tampoco reaccionan a tiempo. El grito de Laskie es el acicate perfecto para su sadismo. Van a intentarlo de nueva cuenta cuando un par de balazos termina con ellos.

Lorie pasa al lado de los cuerpos. La voz de Laskie lo detiene. Es una voz impregnada con la pátina del odio, de la súplica, del dolor. Le pagará por sus servicios. Es un hombre rico que no puede ver. Lorie apenas lo piensa: ya no podrá volver al bar, lo estarán buscando las autoridades y los amigos de los muertos. Deja que Laskie pase su brazo sobre sus hombros. Un olor acre inunda sus fosas nasales. Tarda mucho en reconocer que esa fue la primera vez que sintió miedo.

9

El incidente del mechero no había cegado a Laskie pero había producido un efecto extraño en sus ojos. Tal vez se debiera a que el alcohol ardiendo no alcanza temperaturas excesivas o a la cercanía del flamazo, los doctores no pudieron saberlo. El caso es que no perdió la vista ni se quemó tejido alguno. Sólo se blanqueó casi por completo todo vestigio de color en sus ojos. Si se les veía muy de cerca o con mucho detenimiento, podía adivinarse el contorno de sus iris, el punto negro de sus pupilas, pero nadie lo veía a los ojos el tiempo suficiente como para descubrirlo. Lorie podría asegurar que el accidente, como decidieron llamarlo, hasta le vino bien. Sumó una incógnita más a su forma de ser, lo aisló por completo. Justo lo que él deseaba.

Laskie tenía la capacidad de hacer que las personas siempre se sintieran en deuda con él. Por extraño que pudiera parecer, dadas las circunstancias en que se conocieron, Lorie fue uno de ellos. Ya sea porque lo sacó de las calles, porque le dio una estabilidad que no conocía o por el estatus que pronto se ganó entre los demás sicarios, lo cierto es que a Lorie se le despertó una gratitud rayana en la obsesión. Hacía hasta lo imposible por satisfacer las más nimias exigencias de Laskie, cuidaba sus bienes como si fueran propios y desarrolló una lealtad a toda prueba.

10

Laskie llamó a Lorie a una de las bodegas que tenía dispersas por la ciudad. Cuando llegó, uno de sus hombres le franqueó la puerta y se quedó detenido ahí, cuidando que nadie se acercara. Había corredores formados por cajas de embalaje. Los pasos se repetían sobre el piso de concreto. Lorie siguió la voz de Laskie hasta llegar a un claro despejado entre las cajas. Ahí estaba su jefe y un hombre atado a una silla. Pronto supo que era el responsable del ataque en el bar. Toda afrenta tiene un autor intelectual. La diferencia con Laskie es que él disfrutaba idear y ejecutar.

Laskie le pidió su arma. Lorie la tendió sin remordimientos. Se la devolvió con media docena de balas dentro. Le dijo que necesitaba un poco de aire, que las venganzas le revolvían el estómago. Lorie supuso que no quería mancharse las manos o que era tan cobarde como para no presenciar sus propias órdenes:

Cada disparo, salvo el último, tiene que devolver un grito.

Esperó a que su jefe se alejara. Cuando dejó de escuchar sus pasos apuntó a un tobillo que desapareció pronto. La mirada del hombre se cargó de dolor antes de dar paso a la incredulidad. Incapaz de comprender que un sicario disfrutara su cometido. Siguieron una mano, las dos rodillas, el hombro. La última bala abrió un enorme boquete en la cabeza.

Por la noche Lorie no soñó con la mirada de súplica de su víctima tras los primeros balazos ni con el alivio con que se cubrió su cara antes del último impacto. No. Por la noche soñó con el destello blancuzco de los ojos de Laskie con los que se topó al levantar la vista para descubrirlo acodado en un barandal varios metros arriba de él.

11

Te remueves en el sillón. Los avatares por los que ha pasado Lorie te resultan interesantes pero no en la actual circunstancia. No está aquí para contarte su vida, para crear un embeleco activado por el melodrama. Tampoco para compararse contigo. No tienes por qué seguir escuchando.

Te levantas para encender un nuevo cigarro. Algo en tu actitud lo alerta; debe darse cuenta de que te va perdiendo, de que estás a punto de pedirle que se vaya. Es justo lo que deseas, que sienta la fragilidad de su estancia en tu casa. No debe pensar que tiene el control. Mucho menos que sientes miedo.

Detiene el hilo fragmentado de su relato. También toma un cigarro y lo enciende. Llena de nueva cuenta su vaso. Se nota que está haciendo tiempo. Descubres, en la gota de sudor que se escurre por su sien, que está decidiendo algo importante. Algo que no tenía planeado cuando caminó hasta aquí. Algo que seguramente no consideró cuando le pediste que viniera a verte, tras haberlo encontrado, una vez más, oculto bajo una sombra, al acecho. Incluso los mejores depredadores tienen puntos débiles.

Lorie apura el vaso de golpe, sin pausas. Se levanta. Es un montaje coreográfico, la puesta en escena de un dramaturgo decadente. Camina hasta uno de los libreros empotrados en la pared, el opuesto a la ventana. Luego atraviesa el salón para llegar hasta ella. Toma uno de los lados de la cortina, se asoma con cautela. Respira profundo. Voltea a verte, acodado como estás en la chimenea. Otra gota de sudor acompaña a la primera pese al frío.

Fui yo quien cortó el brazo de Aníbal. Suelta de golpe y, con esa simple frase, garantiza tu atención.

12

No hay forma de saber cómo es que a Laskie se le ocurrió la idea de *Just after fear*, lo único cierto es que estuvo trabajando en ella durante años. Conforme la crisis en el país se agudizaba, él se iba haciendo más poderoso. Los negocios de la familia lograron salir a flote gracias a acuerdos llevados a cabo con los líderes de la revolución tibia. Ellos necesitaban legitimarse y Laskie sabía cómo respaldarlos. A cambio, se convirtió casi en el único proveedor de esa maquinaria disfuncional que era el estado. Sus escasos competidores tuvieron que abandonar las naves ante lo injusto de la competencia. Los pocos que quedaron terminaron enfrentándose con tipos como Lorie. El sistema de intimidación era simple: Laskie ya no mandaba matar, sólo hería, torturaba, convencía a los otros de que era mejor no meterse con él. En una palabra: amedrentaba.

Aníbal fue uno de los primeros. Perdió una beca por su labor artística como casi todos en esa época. A diferencia de los demás, decidió averiguar lo que pasaba. Pronto se dio una clara idea de cómo funcionaba el nuevo modelo de negocios gubernamental. Convocó a varios artistas plásticos para que se manifestaran fuera de la casa de Laskie. Hicieron grafitis y destrozos. Él mismo pintó un cuadro en el que se veía a Laskie como un cerdo, alimentándose del pueblo, con sus ojos glaucos, imposibles. Lo colgó en el edificio de enfrente y orinó sobre él.

Laskie no lo dudó ni un instante. Pidió a Lorie que lo apresara. La habitación era amplia, como las de los interrogatorios policiales. Una silla y una mesa estaban atornilladas al piso. Los brazos de Aníbal amarrados sobre la mesa, con cintas de las que se usan para inmovilizar a los enfermos con ataques. Hasta ese momento nadie creía que

fuera a pasar de algunas amenazas verbales y unos cuantos golpes. El propio Aníbal tenía una actitud prepotente, insumisa.

No puede asegurarse que Laskie ya haya tenido claro el rumbo de *Just after fear* pero tenía varias cámaras montadas en la habitación. Entró con calma. Se puso al otro lado de la mesa. Apoyó las manos sobre la superficie metálica. Se quitó los lentes. Aníbal debió quedar cautivado ante la experiencia visual que se le ofrecía. A fin de cuentas, sabía apreciar los matices, esa ligera tonalidad verdosa que escapaba al blanco absoluto. Habló acerca de la molestia producto de las pintas y la manifestación; del injusto exceso del cuadro. Aníbal no se inmutó. Tampoco cuando Laskie dijo que su deber era castigarlo. Nada.

El sobresalto llegó junto con Lorie. La catana fuera de su funda. A partir de ese momento descubrió algo revelador. Incluso con el filo del arma descansando sobre la piel de su brazo, incluso con el miedo a flor de piel, había algo de escepticismo en la actitud de Aníbal. La incredulidad es una de las formas más crueles de la esperanza.

Lo siguiente fue un golpe limpio a la altura de donde se había tatuado su firma, un grito, vómito y desmayo. Aníbal despertó en una cama de hospital, con vendas alrededor del muñón y miedo. Mucho miedo. Un miedo mayor que su odio y su impotencia. Un miedo absoluto.

Esas imágenes también fueron grabadas. Las habrías visto si no hubieras escapado de la exposición. Concluye Lorie.

Ha comprado el resto de tu tiempo. Escucharás todo lo que tenga que decirte. Apuras un vaso de coñac para disipar las náuseas y vuelves a tomar asiento frente a él. Si alguien los viera platicando en la semipenumbra, acompañados de cigarros y alcohol, podría adivinar por sus actitudes que son un par de viejos amigos. Para abonar a tal efecto, Lorie te ofrece otra historia de tu interés.

13

Conforme Lorie te habla de Ilya intentas actualizar la imagen de ella, la misma que te habías construido a base de esperanzas y viñetas deslavadas. Porque, ante todo, para ti Ilya siempre fue inaprensible, etérea.

Ilya llegó para quedarse. A diferencia de las otras mujeres con las que Laskie se entretenía, ella parecía inmune al influjo de su poder. Era común encontrársela en la sala, bebiendo, apenas vestida con una playera grande y unos shorts que dejaban ver sus piernas delgadas pero firmes. Mataba el tiempo con revistas en otros idiomas, algún libro, bocetos mediocres de lo que le rodeaba.

Lorie supo que ella no estaba dispuesta a irse una tarde en que Laskie entró apresurado a su estudio con otros dos hombres. Eran representantes extranjeros de alguna empresa. Cuando esas reuniones se llevaban a cabo todos esperaban fuera. Nadie podía enterarse de lo que ahí se decía salvo los involucrados. Ilya estaba en uno de los sillones. Laskie la miró esperando que ella entendiera, incluso le pidió que los dejara solos. Ella negó con la cabeza, caminó hasta el escritorio, se sentó en sus piernas y lo besó apasionadamente.

Salieron juntos por una puerta lateral que llevaba a una pequeña habitación de pánico. Los extraños no sabían qué hacer. Media hora más tarde volvieron juntos, tomados de la mano. Él se sentó en su silla, ofreció una disculpa por la espera y no dio más explicaciones. Ilya se recostó de nueva cuenta en el sillón del fondo. A partir de entonces no había reunión en la que ella no estuviera presente aunque su actitud siempre era la misma: ajena, con la indiferencia instalada en el ánimo.

No puedes evitar el ramalazo de celos. Lorie no es un gran narrador pero no requieres de su labia para armar la

escenografía, habitarla con los personajes, dejarlos correr. Las escenas son incompletas pero te bastan. Eres capaz de llenar los huecos, de descubrir toda la violencia con la que Ilya debió arrancarle la ropa, ¿acaso arrancarse la suya o, mejor, desnudarse con cadencia, mientras buscaba un reflejo en medio de sus ojos sin vida? De ahí que vengan los celos. Para quienes quedaron a medio camino de sus deseos es fácil sumar las propias fantasías a los actos ajenos. Cada una de las veces en que soñaste con Ilya, cada uno de los finales que no te regaló esa noche en que acabó huyendo, se abrieron paso tras ellos por esa puerta, cuando dejaron a los extranjeros boquiabiertos. Y todas tus caricias fueron las de Laskie. Y tú te volviste uno más de los que aguarda tras la puerta en lo que la mujer de sus sueños se acuesta con otro.

Siempre supiste que Ilya era una mujer camaleónica, sin duda. De no ser así, te daría mucho más trabajo incorporar sus nuevas actitudes a la persona que creíste conocer. El que sea doloroso no lo vuelve imposible y, en realidad, te ha sido bastante sencillo actualizarla.

Lorie recuerda bien otra noche, mucho más oscura, cuando su cuerpo de apariencia frágil irrumpió en la misma habitación donde torturaban a sus enemigos. Se topó con un hombre inmenso, malencarado, con el labio partido y los ojos hinchados; duro. Un hombre que supo sacar fuerza de su condición para apreciar la belleza. Algo le dijo que la sonrojó. Fue apenas un susurro, inaudible para nadie que no fuera ella. Él estaba esposado por detrás de la silla. Así que Ilya se sentó a horcajadas sobre él y comenzó a acariciarle la cara. Restregó sus pechos pequeños contra su piel tumefacta. Comenzó a lamerlo con lascivia.

Lorie no sabía bien qué hacer pero estaba seguro de que no sería él quien contraviniera la voluntad de esa mujer. Además, desde su posición privilegiada se excitó casi de inmediato. Ilya le regalaba la visión del inicio de sus nalgas escapando por la tela del short. Por eso no se dio cuenta de dónde salió el arma. Se la clavó entre las costillas justo cuando las lamidas se volvieron un beso apasionado. Lo hizo dos, tres veces más, hasta que el hombre fue una fuente sanguinolenta. Por más que forcejeaba ella luchaba por seguir besándolo. Exangüe, perdió la consciencia.

Entró Laskie. Con la mirada exigió a Lorie que saliera. El matón se recargó contra la puerta y esperó nuevas instrucciones. El cuarto estaba insonorizado para evitar que los aullidos de los presos invadieran la casa pero no era difícil adivinar gemidos placenteros. Al cabo de un buen rato Laskie e Ilya salieron juntos, las ropas mal puestas y manchadas de sangre. No es lo mismo ser un asesino que disfrutar del dolor ajeno, que usarlo como acicate para el placer.

Bien podrías rellenar los huecos que el pudor de Lorie te arrebata, ya sea porque es un narrador que se limita a lo que puede constatar, ya porque adivina tu afectación. No lo haces porque algo ha terminado de romperse. Pensaste que no te afectaría cualquier cosa que se dijera de Ilya. Del deseo pasó a ser un pasado inconcluso, luego un recuerdo idealizado. Tras reflexionar en torno al último encuentro, a su actitud en la exposición, descubriste su lado lábil, aquél salpicado de misterio. Asumirla persona, amante de otro, ajena, es algo natural. Molesto pero dentro de los límites. Saberla una sádica la saca por completo de contexto. Tanto, que dudas de las palabras de Lorie. Aunque descubrir que miente no te va a regresar a la mujer de la que estuviste enamorado tanto tiempo.

Al verla al día siguiente, con su actitud cándida, la imagen del hombre agonizante al que encontró en el cuarto se le impregnó en los párpados. No cabía duda: el placer era más intenso si alguien sufría a su lado. Ilya era alguien de cuidado; su ponzoña se ocultaba bajo el ardid de su inocencia y fragilidad. Sí, era alguien peligroso. Tanto, que el propio Laskie prefería tenerla de su parte. A ti te queda claro que lo mejor será no volver a encontrarte con ella. Es curioso, basta un extraño y una buena historia para terminar con todas las ilusiones.

De nueva cuenta te incorporas y de nueva cuenta repites el ritual del coñac y el cigarro. Uno se aferra a lo que puede cuando está parado sobre el filo que lo separa de la locura. Dejas que el líquido arrastre el sabor metálico de tu aliento.

Hay algo que no entiendo. Dices apostando tu resto. ¿En qué momento entro yo a la historia?

Lorie sonríe como si hubiera esperado tu pregunta o, más aún, como si tu impaciencia le representara un triunfo. No

has sido capaz de esperar hasta que él llegase por sí mismo, lo has obligado a abreviar.

Todo inicia con tu padre. Y su sonrisa se diluye en sus recuerdos.

14

Covent Peak era una rata de taller. La felicidad laboral radicaba en estar encerrado en su hábitat: rodeado de centenares de herramientas diseñadas para trabajar con las minucias, creando ensambles perfectos, concretando las ideas que vagaban en su cabeza. Por eso no le preocupó que una gran empresa comprara a la relojera donde llevaba un par de décadas aprendiendo a hacer relojes. Tampoco le importó que cambiara el giro del negocio, antes dedicado a los relojes de manufactura y de calibres propios. Si acaso, estuvo agradecido porque los Bou habían conservado un paquete accionario suficiente como para mantenerlo en su puesto. No supo nada acerca de los arreglos entre los nuevos dueños y el heredero de una tradición centenaria, no supo que él dejaría de estar en la nómina oficial para convertirse en el único empleado de una sociedad anónima que compartía domicilio fiscal. Cuando Laurent Bou le informó que continuaba, agradeció con un apretón de manos y volvió a su taller. Tal era su temperamento.

Covent Peak también era un soñador. De ésos que acostumbran a centrar sus obsesiones en una posibilidad demasiado alta para ser tangible. Soñaba con el reloj perfecto pese a que sabía que era imposible. Eso no le impedía intentarlo. Las piezas que salían de sus manos se las entregaba a Laurent quien decidía si mandaba a hacer un centenar más, para conservar el prestigio de antaño. Tal era el trato entre ambos. De ahí que a Covent no le interesara la crisis económica ni el extraño golpe de estado que se gestaba por doquier. Sus únicos tesoros eran los relojes que Bou le permitía conservar.

Así pasó los años hasta que, un buen día, Laurent Bou lo mandó llamar. Las noticias no eran buenas. Covent intuyó un

despido y comenzó a pergeñar dónde continuaría su trabajo mientras su jefe hablaba. De pronto volvió a la realidad. Bou le estaba pidiendo algo a cambio de todo lo que había hecho por conservarlo. Eran necesarios dos favores. El primero es que pondría a su nombre un considerable porcentaje de las acciones de la relojera. Era el primer paso para recuperar el control de la empresa familiar. Como no podía adquirirlas a su nombre por quién sabe qué retruécanos mercantiles, las pondría al de Covent, la única persona que había demostrado su lealtad en los últimos años. El segundo paso es que dejaría de enviar las creaciones del relojero a la planta principal. Todo lo que produjeran sus ideas, sus manos, esas pequeñas herramientas, debería resguardarlo él mismo. Más aún, le pidió que hiciera una copia de los diagramas de todos los relojes que habían pasado por sus manos, incluso los que no hubiera ideado él. Ya no eran tiempos de cubrirse de gloria sino de resguardar lo importante. Él mismo sería el depositario.

Covent accedió sin adivinar nada. Era imposible hacerlo, para él y para cualquiera. Su ingenuidad natural evitó que intuyera el peligro que muchos otros percibirían. Tampoco preguntó si ganaría algo a cambio. Estrechó la mano de Laurent Bou y volvió a su taller como cualquier otro día, convencido de que, ahora sí, pondría en marcha el prodigio técnico en el que había estado trabajando.

15

Hablar de coincidencias es como hablar de precipicios: de pronto algo cae y es seguido por muchas más cosas. No es por coincidencia entonces, es mera fuerza de gravedad. Covent fue testigo de cómo todo colapsó. El secuestro de Laurent Bou apenas fue cubierto por la prensa. El golpe de estado terminó con la aparente estabilidad del país apenas unas horas después de que el empresario desapareciera. Covent no pudo ignorar más lo que sucedía fuera de su entorno.

El nuevo director general no era otro sino un tío de Laskie, un sujeto de pocas palabras y menos tiempo. Le informó a Covent que ya no requería sus servicios y, de la noche a la mañana, el mundo como lo conocía había terminado. Intentó refugiarse en su propia casa. A fin de cuentas, cualquier taller era bueno para seguir soñando. Sin embargo, la presión comenzó casi de inmediato. La empresa le reclamaba las patentes de tantos años de trabajo. Librarse de ellos no sería fácil. Mucho menos si consideraba la promesa hecha a Bou y, por supuesto, que no se le hacía justo darles algo que no les pertenecía. Por medio de largas y del sólido argumento de que, en realidad, él no trabajaba para ellos, logró quitárselos de encima por un tiempo.

El suficiente para que llegara la primera carta de Laurent. La envió a un viejo apartado postal que la relojera había ocupado años atrás para recibir catálogos de todo el mundo. Covent conservaba la llave porque era el único que se entusiasmaba ante los nuevos modelos de la competencia. Cuando la leyó supo que todo andaba mal. En ella, Laurent le pedía entregara las acciones a los nuevos dueños. No le fue difícil llegar a la conclusión obligada: eran ellos quienes tenían secuestrado a su antiguo jefe quien, en un acto de lealtad, había ocultado la dirección del relojero. Fue la

primera vez en su vida que sintió miedo. Un miedo ansioso y sin ranuras: su familia estaba en peligro.

Fue cuando optó por lo que a él le parecía la mejor de las soluciones: huir. Hacerlo solo era la mejor forma de protegerlos. Por eso se inventó una historia increíble: se sumaría a la causa del golpe de estado. Para que todo fuera más verosímil, incluso entró en contacto con algunos de los líderes. El resto fue vagar de hotel en hotel, borrando todo lo que pudiera vincularlo con su esposa y su hijo. Preocupado por el futuro, se deshizo de varios pruritos morales. Vendió una buena parte de las acciones y creó un fideicomiso para Alistair. Luego se dedicó a esperar que vinieran los buenos tiempos.

Nunca llegaron. Las esporádicas visitas a casa, el distanciamiento con su familia y la pérdida de las ilusiones lo agotaron de golpe. Fue sencillo para Lorie dar con él: Covent ocupaba sus días en caminar por la ciudad hasta que el hambre y el cansancio lo detenían. Cuando Lorie lo encontró, tenía la mirada perdida y una profunda tristeza. La misma que sólo se le borró cuando, frente a los fusileros comandados por Ilya, la cambió por la de dignidad. Lorie incluso cree que la muerte le significó un alivio. No hubo incredulidad ni miedo en torno a ella.

16

Has escuchado a Lorie hablar de tu padre como si hablara de otra persona. Has sentido cómo se acumula la ira, esa masa espesa que va hinchando tu pecho. En un momento dado, creíste que saltarías contra él. Si no lo hiciste no fue por prudencia, te queda claro que Lorie podría someterte sin problemas, incluso hacerte mucho daño. Te contuviste porque quieres escuchar el resto de la historia pero, sobre todo, porque pese a la maldad implícita en sus actos, pese a ser el instrumento de Laskie, pese a haberte hecho tanto daño de manera indirecta, acaba de regalarte algo que no podrías sino agradecerle.

Te ha devuelto a tu padre. Ese hombre generoso y serio que supo poner precio a tu libertad. Ha vuelto a ser quien, antes de dormir, pasaba a contarte algún cuento inventado a partir de un par de palabras seleccionadas por ti. Ha desaparecido por completo aquél que abandonó a su familia en pos de una causa ridícula. Gracias a Lorie tienes a tu padre de vuelta y, aunque no puedes sino pensar que más de la mitad de tu vida la desaprovechaste reprochándole algo injusto, ha llegado la hora de las redenciones.

Por eso te contienes y, con un leve asentimiento, le pides que siga hablando. Lo hace de inmediato, sin ataduras ni recovecos. Ahora entiendes por qué la confesión es un acto catártico, por qué a quienes vencen tras la tortura terminan contándolo todo, por qué cuando alguien es pillado en falta admite más de lo que le preguntan. Lorie está en ese trance revelador y no tiene sentido interrumpirlo aunque los restos de la historia poco te puedan significar.

17

Lorie no puede asegurar cómo fue que a Laskie se le ocurrió la idea de *Just after fear*. Si tuviera que decantarse por alguna posibilidad, lo haría por la del engendro. Hay ideas añejas, de ésas que van mostrando apenas atisbos de su sustancia, meras intuiciones. Se van concretando conforme las acciones las secundan. No es raro descubrir, ante una revelación particular, que eso ya se había pensado. Al menos en parte. Las ideas incompletas abrevan de quien las tiene; necesitan del portador para desarrollarse en su totalidad. De ahí que sean un engendro surgido de las propias perversiones. Sí, tienen esa cualidad intangible del resto de las ideas, es imposible seguir su rastro con certeza, surgen de manera espontánea, pero también se desarrollan en la mente que les da cabida.

Así fue con *Just after fear*. Al menos, a decir de Lorie. Aun ahora es incapaz de apreciar la idea en su totalidad. Para él, Laskie se conformaba con retratar el miedo. Sobre todo, el instante posterior. Cuando lo temido es una realidad irreversible. Detener el tiempo en que las emociones colapsan. Incredulidad, angustia, dolor y negación en una misma toma. Por eso comenzó a hartarse. Un asesino profesional que no entiende el placer producto del sufrimiento, el placer reproduciéndose y creciendo a más no poder. Porque eso es lo que buscaba Laskie: el éxtasis.

No es difícil imaginarlo ansioso ante los preparativos. Impaciente cuando hacía las pruebas. Su gozo comenzaba conforme la víctima se hacía consciente de su situación. Luego el paroxismo puro. Una droga de la que uno se engancha por completo. Una droga que requería dosis más altas cada día. Por eso la exposición. Con ella se acrecentó su disfrute. Diluido, es verdad, pero la repulsión también es una

forma del sufrimiento. El fin último fue conseguir que algunos espectadores, Ilya, sin ir más lejos, encontraran placer con lo que él ofrecía. (Aunque ahora el nombre de Ilya tiene resonancias extrañas. El placer no se contagia así como así, las complicidades preexisten a la invitación infausta.)

Y necesitaba más. Por eso Lorie renunció.

El cuarto era el de siempre, dividido por una mampara. A cada lado tres sillas; a cada lado una pequeña familia; a cada lado mucho miedo. Lorie escuchaba la voz de Laskie por un auricular inserto en su conducto auditivo. Caminó hacia la derecha. Los padres eran jóvenes, el niño apenas tendría tres o cuatro años. Los ojos demasiado abiertos; sorprendidos más allá de lo cotidiano al estar frente a una parte desconocida del mundo. Lorie dio la vuelta por completo. Al otro lado de la mampara, una escena similar. La diferencia era la niña, un par de años mayor. La carita manchada por un lagrimeo sutil y constante: ya era capaz de identificar lo negativo en su incomprensión de los hechos.

Lorie caminó hasta la puerta, con la esperanza puesta en que no llegara ninguna nueva orden de Laskie. No fue así. Supo varias cosas de golpe. Su arma tenía tres balas. Tres serían las víctimas. Un hijo y dos padres, de diferentes familias. Él decidiría quiénes. Laskie estaba enfermo.

No.

Nunca más.

Y su negativa lo convirtió de golpe en prófugo, en un objeto más al servicio del morbo de Laskie. Era ingenuo suponer que lo dejaría ir sin más, sabía demasiado, tenía ese poder a su favor. Por eso tuvo que escaparse. Usar las tres balas para abrirse paso. Vivir, desde entonces, en la clandestinidad.

Lorie te asegura que Laskie se molestó muchísimo pero que lo perdonó por la vez que le salvó la vida. No lo crees. Hasta puedes visualizar la serie fotográfica en que aparece el rostro de Lorie convirtiéndose en una mueca mientras escucha las instrucciones. Entiendes que no lo acepte. Resulta duro asumir que uno no es sino parte de un experimento. Si Laskie hubiera enfurecido en verdad, Lorie ya estaría muerto y no aquí, callando ante la contundencia de los hechos que te cuenta.

Así que se hace el silencio. Lorie esconde la cara entre las manos y solloza. Te causa una ligera repulsión el ver cómo se quiebra un hombre duro pero lo dejas. Cuando se narra lo vivido las anécdotas adquieren la consistencia de lo real y muestran todo su peso. Si sientes cierta empatía por él no es por su llanto sino porque, pese a haber hecho cosas terribles, no es sino una víctima más. Visto desde su perspectiva, también deseaba llegar hasta este sitio para elaborar su discurso exculpatorio. Con su renuncia, entendida como un último acto de bondad, pretende borrar todo el dolor causado.

Te levantas. Bebes el resto del contenido de tu vaso. Le dices que puede quedarse hasta que lo considere necesario. Sabe bien dónde está la puerta.

En el pasillo encontrarás una maleta con el dinero que pude conseguirte. Ojalá te sirva de algo. Concluyes sin estar seguro de que tus palabras sean verdaderas.

Te tumbas en la cama sabiendo que te aguarda el insomnio. Pasarás el resto de la noche preguntándote qué fue de esos niños y de los padres de esos niños. Preguntándote si Laskie estaría dispuesto a ser el ejecutor de su propia insania o si alguien más, Ilya, por ejemplo, se haría cargo de ello.

Sexta parte: Fantasmas

1

En cuanto se abre la puerta del bar de Flint sé que es Laskie. Llega a tiempo. A diferencia de su entrada anterior, ésta viene antecedida de guardaespaldas. Se nota cómo la tensión motiva acciones. Todos los presentes toman sus tacos de la parte media, los empuñan con fuerza. Los guaruras miran con algo de desdén, supongo que evalúan la conveniencia de sacar sus armas.

Me pregunto si habrá sido una buena idea citarnos aquí. Pensé que era un sitio favorable, seguro. Algo en mi dignidad me hizo hacerlo venir y no ser yo quien fuera a sus dominios. Ahora no sé si no fue absurdo poner en riesgo a mis compañeros de estos meses. Alcanzo a percibir un sollozo ahogado proveniente de atrás de la barra. Descubro que haber citado a Laskie en este lugar ha sido una precaución necesaria pero también una clausura: nunca más podré volver, no hay forma de que me perdonen, de que Lorna entienda las razones que me llevaron a traer a este hombre de nueva cuenta hasta su refugio.

La tensión se intensifica cuando entra Laskie. Incluso noto la sonrisa de alguno de quienes consideran vengar la afrenta contra Lorna. Pronto deviene en preocupación, nada garantiza que no haya vuelto a repetir la afrenta, aprovechando las armas de sus hombres. Flint comienza a limpiar la barra, con movimientos pausados. Sólo yo sé que no vino a eso pero me niego a levantarme de la mesa del fondo. No tengo ánimo para aclarar nada. Si todos hemos de morir, éste es tan buen momento como cualquier otro.

Laskie camina decidido. El revuelo de luz que causa la puerta abatible me ciega un instante. El suficiente para que Laskie se siente frente a Flint quien lo mira con sorpresa. El necesario para que Ilya entre tras él sin que yo me dé cuenta

hasta que es demasiado tarde: justo cuando pasa tras la espalda de Laskie. Mi vista divaga entre el diálogo inaudible y la mujer que se acerca hasta mí. Del primero sé que sorprende a Flint por sus reacciones. De la segunda llama la atención su nuevo corte de pelo, los jeans, una camiseta holgada. Algo tan común que no debería sorprenderme pero es la primera vez que la veo vestida así. Me regala una sonrisa que no correspondo. Me doy cuenta de que creí todo lo que me dijo Lorie salvo lo que la imputaba a ella. Encontrarla aquí corrobora la historia: Ilya fue la voz de mando que mató a mi padre; la silueta que se ha escapado de todas mis conjeturas. De qué otra forma alguien tan pequeña podría tomar con delicadeza el taco que El Ombligo, con toda su inmensidad, deja recargado en la mesa frente a él para impedirle el paso. Ella ni siquiera voltea. Lo toma con dos dedos y lo levanta un poco, lo suficiente para pasar antes de dejarlo caer.

Ilya llega. Amaga un beso en la mejilla que esquivo con calma. Hace una ligera mueca, la misma de antaño cuando algo no le gustaba: se muerde el labio cerca de la orilla. Al menos no todo ha sido una impostura. Siento cómo se tensan todos mis músculos mientras se sienta. Sería tan fácil levantarme y vengar la muerte. Sería tan fácil tomar su cuello frágil, golpear su cara, vaciar mi fuerza en su cuerpo. Sería tan fácil en verdad que no sé por qué no lo hago. Es la segunda vez que lo pienso y la segunda que me detengo pese a que ni a Laskie ni a sus guaruras les daría tiempo para impedirlo. Me limito a apretar los puños, a bajar el vaso con agua, a respirar profundo, muy profundo, hasta que ella se acomoda frente a mí, sobre sus piernas, ligeramente ladeada, regalándome una imagen que ya habría querido hace tanto tiempo.

Un dejo de coquetería recae en su mano que aparta el pelo de su cara. Un dejo que es suficiente para devolverme a la mujer de la que estuve enamorado. Es por eso que he sido incapaz de levantarme para vengar a mi padre. Porque las imágenes no corresponden con la historia, son por completo incompatibles. Hago tiempo intentando recuperar la calma. Tomo de nuevo el vaso, lo lleno hasta el borde y lo vacío de un trago. El gas y la temperatura arden en la garganta pero aguanto. Necesito saber que algo es real, que la causa

corresponde al efecto.

2

La voz de Ilya es acompasada. Me habla como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Como si, apenas ayer, nos hubiéramos tomado uno más de los tantos cafés. Como si no supiera que, entonces, estaba enamorado de ella. Como si esa noche su embriaguez no la hubiera separado de mí. O como si sólo fuera eso: la promesa incumplida del sexo; algo casual y reversible. Simulando no saber, asumiendo que la normalidad es que nos encontremos en un bar de mala muerte, tanto tiempo más tarde, con todas las dudas convertidas en una dolorosa y sórdida tristeza. Por eso no contesto. Me limito a verla de frente, sin apartar la mirada. Esperando el momento en que su indolencia tenga alguna fisura.

Nada. Ni siquiera acusa recibo. Sigue hablando. Pregunta por mis pinturas. Confiesa que un cuadro suyo estuvo en una exposición de Aníbal. Parece esperar que se active la complicidad entre nosotros, sin darse cuenta de que esa vuelta a lo cotidiano es imposible, que esos datos nimios le dan volumen a la confirmación de los simulacros. Ante mi falta de respuesta juega a provocarme. Me pregunta por qué no hablo. Sonríe divertida. Varios segundos. Medio minuto. No más. Luego desaparece su boca, se apaga su mirada y queda en silencio. Sus ojos perdidos lejos de los míos. El color opuesto al que siempre imaginé.

Voltea a ver a Laskie. La imito para encontrarme con el triste asentimiento de Flint. El cantinero extiende la mano pero Laskie lo ignora. Baja de la periquera donde ha estado sentado y camina hasta mí, ignorando algunas voces que lo provocan, cobardes, ocultas tras la penumbra del sitio.

3

Supongo que ya comenzaron a actualizarse, ¿verdad? Dice Laskie, poniendo su mano sobre mi hombro, mirándonos de manera alternada.

Se sienta despacio. Mira la botella de agua mineral, sonríe. La toma y observa a través de ella. Se quita los lentes oscuros sólo para regalarme una imagen aumentada de sus ojos glaucos. Alcanzo a percibir el ligero verdor que los tiñe bajo el tejido blanco que los cubre. Un estremecimiento me hace voltear a otro sitio. Su mirada es el aviso del peligro que mandan las fieras a sus presas. No para avisarles que deben dar pelea ni para que huyan sino para hacerles saber que, si son capaces de mirarlas tan de cerca, es porque no hay remedio.

En fin, voy a ser breve. Regresa las gafas a su sitio, recompone la sonrisa. Tienes algo que yo quiero, Ali, y a mí me gusta tener lo que quiero. Dime un precio y te lo pagaré con gusto.

Desecho la idea de fingir ignorancia casi en cuanto se me ocurre.

No entiendo. Contesto aparentando calma. ¿Por qué importa tanto ese reloj?

Tú deberías saberlo mejor que nadie, porque es una maravilla, ¿o no?

¿Tanto como para causar todo el dolor que ha provocado? ¿Tanto como para planear durante años la forma de obtenerlo? No puedo evitar cierto tono de reproche en la voz, un poco más aguda que de costumbre, las palabras precipitándose una sobre la anterior.

Laskie vuelve a tomar la botella de agua. Se la lleva a los labios tras dudar un segundo y bebe sin que acuse irritación por el gas.

Podría hablar por horas acerca del dolor, creo que lo sabes. No hay nada más vívido ni intenso. Es la última forma de la existencia porque recae en su propia certeza. No me parece malo. Mucho menos, cuando se le necesita…

Laskie continúa hablando. Su tono se torna didáctico. Se nota que le gusta tener un auditorio para desarrollar sus ideas. Podría argumentar, decirle que no merecía tales revelaciones, que todo ha sido inútil. Si hace algunos años hubiera llegado a mi puerta ofreciéndome una cantidad ridícula por el artefacto se lo habría vendido con gusto. Ahora las cosas son diferentes: él mismo ha contribuido a resarcir la imagen de mi padre.

Me interrumpe un carraspeo.

Respecto al plan, como le llamas. Algo de indulgencia se le escapa en esas pocas palabras. Es un divertimento que funcionó muy bien. Ojalá otros salieran así.

Se pone de pie. Mete su mano en un bolsillo y saca un pequeño sobre, apenas un cuadrado.

Date una vuelta por esta dirección, aquí está la llave. Puedes estar el tiempo que quieras pero, por favor, antes de que te vayas, deja el reloj ahí mismo, en la mesa de la salida. Empuja el sobre hacia mí sobre la mesa.

¿Y si no? Me atrevo a retarlo.

Laskie sonríe. Con un movimiento rápido pone su mano sobre mi antebrazo, a medio camino entre el codo y la muñeca. Presiona fuerte pero no causa dolor. Apenas un estremecimiento que se reproduce hasta mi cuello.

Lo harás, estoy seguro. No eres del tipo heroico.

Asiento más para mí que para él.

Ahora los dejo, deben tener mucho de qué hablar.

Ilya se sobresalta. Está a punto de decir algo. Laskie ahora pone su mano sobre su hombro, tranquilizándola.

No te preocupes, pequeña. Su voz diciendo esas palabras me provoca una arcada que alcanzo a contener. Nadie te va a hacer nada. De hecho, estos señores ya se van. ¿Cuándo te he dejado desprotegida?

Ella se relaja. Alza la cara para despedirse. Laskie apenas le roza los labios con los suyos. Sonríen al unísono. En cuanto él llega a la puerta me incorporo, siento tanto coraje que el miedo apenas alcanza a apaciguarlo. Ilya pone una mano

sobre la mía.

Antes de que te vayas quiero decirte algo.

4

Observo cómo, uno a uno, se van despidiendo los habituales del bar. Todos me regalan una mirada. La mayoría son de lástima, me compadecen, pero también alcanzo a percibir otras, mucho más intensas, ésas van cargadas de rencor. Lorna ha comenzado a sollozar. Se niega a desprenderse de la mano de Fiona. Es hasta que El Ombligo se para a su lado que deja fluir su llanto con toda intensidad. Se pega a su salvador quien parece abarcarla toda, absorberla con sólo abrazarla. Salen arrastrando los pies, contribuyendo a que la hilera que desfila frente a la barra tenga toques fársicos.

Flint aguarda paciente. Limpiando la superficie con un trapo. Una y otra vez repite el movimiento circular, con la vista perdida al frente: un autómata que se descubre vencido. Nadie debería poder llegar hasta la propiedad de un hombre para decirle lo que debe hacer. Nadie. Ya sea por amenazas o por sobornos. Pero todos tenemos nuestro precio. Todos sabemos cuándo es necesario tragarnos la dignidad, ceder, aunque eso resquebraje por completo al personaje que hemos creado con tanto esfuerzo.

Cuando por fin salen El Ombligo y las dos damas, Flint sale de su trance. Deja el trapo sobre la barra. Se acerca hasta donde estoy sentado con Ilya, rodea el mueble. Se nota que, por un instante, considera recoger algunos cascos de cerveza vacíos. No lo hace. Si acaso, vuelve hasta donde dejó el trapo. Ahora va por el lado opuesto de la barra, el de los clientes. Toma el retazo de tela y lo deja caer en el piso. Luego me regala la más triste de sus expresiones mientras camina de espaldas hacia la salida. Un instante después ha sido engullido por el exterior.

Ya sólo quedamos Ilya y yo.

5

Ignoro qué me detiene en la silla. Quizá sea el tacto de la mano de Ilya, tal vez sus palabras. De cualquier modo me quedo. A la espera de una revelación, una disculpa o una perorata que no cambiará esta angustia que se asienta en la boca de mi estómago.

Ilya comienza a hablar en tercera persona, como si no fuera de ella de quien contara. Habla de una misión con un tono tan impersonal y distante que resulta molesto pero, extrañamente, sirve para atemperar mi ánimo. Así es como me entero de lo acordado entre ella y Laskie; ese plan siniestro para seducirme, para que le revelara el paradero del reloj de mi padre. Conforme confiesa siento cómo una profunda tristeza se va instalando sobre mí. No es por haberme dejado manipular, tampoco por la cosificación de la que fui objeto. Es, más bien, la cansina certeza de que estuve enamorado de alguien mucho más imposible de lo que me parecía entonces. Las esperanzas suelen ser suficiente consuelo; perderlas o darse cuenta de que nunca existieron basta para sentirnos mutilados.

Por eso me levanto: no merece verme llorar. Intenta retenerme de nueva cuenta pero su mano ha perdido la textura necesaria para conseguirlo; su peso es el de un lastre, el de lo inexistente. Hago un esfuerzo por salir de la trampa formada por la mesa y las sillas. Ilya sigue hablando.

… esa noche, ¿la recuerdas?, fue cuando descubrí que no podría hacerte nada…

Un paso, dos. Falta poco para la puerta, para abandonarme por completo.

… por eso me fui. Alza la voz, las palabras se le atragantan, desordenadas …porque me di cuenta…

Dos más. Restan apenas unos cuantos metros.

… porque me di cuenta de que me estaba enamorando de ti. Dice en un tono grave, fuerte, con algo de desesperación.

Sus ojos tienen un brillo especial. Son sinceros, profundos: me regala la mirada que tanto tiempo busqué. Me detengo apenas un par de segundos. Dejo que su confesión se asiente en mi ánimo. Mi mente trabaja rápido a la hora de imaginar lo que habría pasado si se hubiera dado cuenta a tiempo y actuara en consecuencia. Es inútil, no me puede regalar un momento que no le pertenece, no puedo sentir sus labios en mi cuerpo. Apresuro el paso y salgo.

El viento tiene la consistencia de los sueños y me envuelve de inmediato.

6

La calle es sinuosa, purpúrea. Sus curvas pronunciadas apenas se cruzan con otras avenidas, como si su trazo entero obedeciera a un capricho o conformara un error. Al fondo desemboca en un callejón. Los adoquines se interrumpen en la angostura y no reanudan su tedio al ensancharse de nueva cuenta. Es un patio, por llamarlo de algún modo. Hacia el fondo se forma un semicírculo, un *cul de sac*; un goterón al que sólo dan dos ventanas. Me asomo de una de ellas, acodado en el pretil. El resto son paredes altas que hacen parecer minúsculo al patio. Pero no lo es tanto. Por ejemplo, hubo espacio de sobra para que un hombre apoyado contra la pared venciera sus miedos y mirara de frente, a través de la basta tela de la capucha, a los tres mercenarios que, un momento más tarde, ya habían accionado sus gatillos.

Ese hombre era mi padre.

7

Por supuesto que yo no miraba hacia abajo como lo hago ahora, intentado discernir sus últimos pensamientos, sacarlos de la madeja de ecos que se aglutinan entre estos muros. Pasaron semanas antes de que nadie descubriera su cadáver. Ya estaba seco, sus líquidos vitales absorbidos por la tierra apelmazada. Para cuando lo encontraron, su cuerpo descompuesto retrasó la identificación un par de meses más. En esa época poco interesaba un muerto encontrado a la deriva. Yo me enteré de su muerte mucho más tarde, cuando ya no tenía sentido regalarle un par de lágrimas. Todas habían corrido junto con mis esperanzas por volverlo a ver, si es que alguna vez las tuve.

Acodado en la ventana, voy figurando un pasado que se me escurre entre los dedos. Llegué a este sitio gracias a la llave que Laskie me dejó. Era su forma de pagar el precio del reloj. A intervalos consigo recrear la escena. Un destello son los ojos de mi padre ocultos tras la capucha. El siguiente es todo un *staff* de producción montando las cámaras que captarán el fusilamiento. Todo se conjuga ahora. Desde la mirada de Laskie supervisando hasta la voz de Ilya ordenando hacer fuego. Todo, salvo el miedo de mi padre. De entre todos los cuadros y fotografías que están en *Just after fear*, en ninguna se consigna la absoluta falta de temor excepto en la que muestra a mi padre.

Un último destello me obsequia la sonrisa oculta por el capuchón. Es un gesto mandado al futuro que me ocupa, un gesto que mi padre me ha dejado para que sepa que todo estará bien.

8

Hace un par de días me llegó una carta de Lorie. En ella explicaba que él debía estar muerto, de lo contrario nunca habría llegado a mis manos. Los trazos eran firmes, la letra casi infantil. Se notaba el esfuerzo utilizado en la construcción de las frases. No me conmovió la despedida, la certeza de su muerte. Era algo que ya había anticipado.

También me contaba una historia enrevesada. A lo largo de dos cuartillas intentaba convencerme de que la verdadera mente detrás de todo no era Laskie sino Ilya. Él lo había descubierto casi sin querer, escuchando conversaciones para las que no estaba autorizado. Al parecer, el padre de Ilya y el mío fueron amigos. Entrañables, de ésos que están hechos para toda la vida. Algo pasó entre ellos. El padre de Ilya lo vio como una traición y juró vengarse. Eso es todo.

Eso y algunas hipótesis de Lorie. Según él, mi padre había sido millonario cuando joven y no así su mejor amigo. La amistad entre ambos hizo creer que lo que era de uno también lo era del otro. Sin embargo, cuando la necesidad apremió a su amigo, mi padre lo abandonó sin reparos. De ahí el juramento. Éste pudo articularse gracias a que la adversidad le dio fuerza para reponerse. Se volvió poderoso a un grado ridículo. Tanto, que hasta el propio Laskie rendía pleitesía a Ilya. Ella bien supo aprovecharse de su carácter monomaníaco. El resto es historia.

Sonreí con indulgencia cuando terminé de leer la carta. No entendía las razones por las que Lorie quería inculpar más a Ilya si ya estaba clara la complicidad y la intención de ambos. La volví a leer sólo para encontrar algo de sosiego, para refutar las ideas, para confrontarlas con todo lo que sabía de mi padre. La ignorancia estuvo a punto de ganarle a la duda: es muy poco lo que sé de la vida de mis padres antes de mi

aparición en sus mundos. No tengo abuelos ni historia familiar. Aun así, es absurdo pensar en que Lorie tenga razón.

Lancé la carta al fuego de la chimenea y me entretuve viendo el cadencioso proceso mediante el cual el papel se convertía en ceniza. Tomé el reloj de mi padre para confirmar que él seguiría siendo siempre el hombre que me crio y supe cómo terminar con esta historia.

9

El viento golpea mi cara. Está oscureciendo. Ya apenas quedan algunas sombras en el lugar donde murió mi padre. Me separo de la ventana. Doy la vuelta. La duela está apolillada y rechina. Apenas se alcanza a colar una ráfaga fresca por los postigos de madera. Un foco titila inseguro, creando un breve cono de luz. El resto es una penumbra casi cálida, con una textura un tanto viscosa. Antes de salir de la habitación giro sobre mí mismo. Se percibe el mal anejo entre esas paredes. No es difícil adivinar que Laskie presenció la ejecución desde este sitio. Abro la mochila que me cuelga en bandolera.

Tomo el reloj y considero dejarlo en el suelo, al lado del armario, dándole un ligero puntapié para que ruede, para provocar unos cuantos rasguños a su superficie inmaculada. No lo hago. Prefiero conservarlo.

Bajo por unas escaleras diferentes a aquéllas por las que subí. Al llegar a la planta inferior las luces se encienden. Es un cuarto grande, con decenas de cuadros en el piso, recargados contra las paredes. No tardo en reconocer varios de la exposición junto a otros tantos desconocidos. Obligarme a bajar por esa otra escalera tenía un sentido. Apresuro el paso hacia la única puerta visible. En cuanto la abro, caigo en la cuenta de la trampa pero no puedo evitar dar el siguiente paso.

La puerta se cierra. La penumbra contrasta con la luminosidad del cuarto anterior. Frente a mí, un enorme marco sostiene lo que parece ser un cristal vacío, sin imágenes que identificar. Me detengo frente a él, obedeciendo las reglas de este nuevo montaje. Las luces cambian para dejarme ver el cuerpo de un sujeto. Está de pie, las manos a los lados. Su cara es una rara mezcla entre la resignación y el

miedo. La respuesta se encuentra más abajo. Al lado de sus pies, una ballesta. La flecha cargada, simétrica, de una belleza casi límpida. Él está parado sobre un pequeño pedestal. Se nota, pese a la imagen fija, que se tambalea. También, que una argolla sostiene el extremo del mecanismo disparador.

Sonrío. El dolor que pueda causar la flecha no hace mella en mi ánimo.

Anticipo que, de un momento a otro, se escuchará el sonido de la cuerda que se tensa. Vendrá la oscuridad o un close up que muestre un rostro cargado de dolor.

Me equivoco en parte. El close up es real. La cara de la víctima se agranda hasta ocupar por completo el cuadro. Poco a poco se transforma hasta devolverme mi propia imagen. No puedo evitar el estremecimiento, el sudor frío, el miedo recorriendo mi espalda. Volteo hacia abajo intentando encontrar la ballesta pero no hay tal. Apenas un pedestal más alto.

Lo entiendo sin más. Alzo la mano y pongo el reloj frente a mis ojos. Aprieto la sólida consistencia del metal. Mi cara desfigurada por la esfera que deposito en el receptáculo. Tal vez Ilya tenga ocasión de recuperarlo antes que Laskie. Así habré cumplido una promesa que le hice hace tanto tiempo. Respiro por última vez el aire viciado y salgo al pasillo, a otras escaleras, a la calle donde un nuevo aliento sustituye a los anteriores.

Mientras me alejo, espero encontrarme con Ilya. Ahora tengo dinero suficiente. Ella aceptará mi promesa de posteridad. No importa que sus ojos nunca me miren como los de mi madre a mi padre. Sólo unos cuantos pueden acceder a ese privilegio. No importa, tampoco, que pronto nos hartemos uno del otro. La eternidad es apenas una idea que se escurre entre las manos. Lo importante es dar unos cuantos pasos al unísono, intentarlo. Acelero el ritmo sin volver la vista, arrepentido de mis propias fantasías.

En cuanto llego a la avenida, un ramalazo de alivio me estremece. Es un alivio producto de la engañosa idea de que ya ha pasado lo peor.

Ya sé qué es lo que viene detrás del miedo, es ese momento indefinido en que la conciencia se suspende para dar paso a la calma. Una calma que ya siento cómo me atrapa. La calma

que anticipa a todos los finales.



Jorge Alberto Gudiño Hernández es escritor. En 2010 publicó su primera novela: *Los trenes nunca van hacia el este*. En 2011, con su novela *Con amor, tu hija* (presentada con el título *Mucho más feliz que yo*) se hizo merecedor al Premio Lipp de Novela, entregado por primera vez en México y de gran tradición en Francia. En 2014 publicó *Instrucciones para mudar un pueblo*. Desde 2004 conduce La Tertulia en Radio Red am, una revista literaria dedicada a la literatura. También escribe en diversos medios impresos y se dedica a la docencia universitaria.

Justo después del miedo

Primera edición digital: febrero de 2015

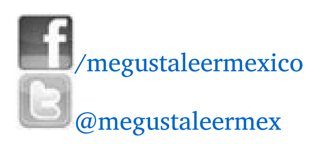
Santillana Ediciones Generales, S.A de C.V., una empresa de
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo,
C.P. 11520, México, D.F.

www.megustaleer.com.mx
www.alfaguara.com/mx

Diseño de portada: Leonel Sagahón

Comentarios sobre la edición y el contenido de este libro a:
megustaleer@penguinrandomhouse.com

ISBN 978-607-113-668-8


/megustaleermexico
@megustaleermex

Conversión libro electrónico: Information Consulting Group de México, S. A. de C. V.